LA

COMPASIO

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0635
0500767785
Emánuel Casellas
15000

LA

COMPASION,

POEMA FILOSÓFICO Y MORÁL,

distribuido en cinco Discursos en verso castellano,

POR DON JOSE VIRUES.

"*Non ignara mali, miseris succurrere disco.* VIRGIL.

Sé condolérme, he sido desgraciado.

MADRID, 1822:
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PRÓLOGO.

Prosiguiendo nuestro propósito de dar á luz algunas traducciones de poetas clásicos modernos, para contribuir á hacer populares entre nosotros, y por tanto útiles, los acentos de la poesía, profanados de mucho tiempo há en su exclusiva aplicacion á materias fútiles, ó bien á una elocucion ininteligible para el comun de los lectores, publicamos hoi este pequeño poema, persuadidos de que su lectura puede ser provechosa cuando menos á la juventud, en la importante época de la educacion.

El panegírico que presenta de la vir-

tud de la Compasion, distribuido en cinco discursos, que habíamos procurado expresar en versos inteligibles y numerosos, nos ha parecido ahora no solo un libro bueno, sino único en su especie, y que, si no nos engaña un celo poco ilustrado, acaso algun dia podrá llegar á ser clásico en las escuelas.

En efecto: con él se puede ejercitar á los discípulos en el arte utilísima de la recitacion ó declamacion, sin ninguno de los inconvenientes que ofrecen las obras dramáticas, y con las ventajas que jamas han producido ni podian producir las Fábulas, ni ninguna de nuestras poesías filosóficas ó morales, antiguas ó modernas, por su intrincada y á veces exótica y casi siempre incorrecta construccion, por su vaga metafísica, y sobre todo por su carencia del suave y penetran-

te *patético*, que es lo mas necesario de todo en las primeras lecturas destinadas á la juventud durante su educacion: época de la vida en que se siembra y nace el por-venir próspero ú adverso de cada hombre.

El material que empleamos en estos Discursos es casi todo sacado del poema de *la Pitié* del ilustre Delille, en la parte únicamente útil á nuestro propósito, es decir, al panegírico de la virtud de la Misericordia; y aun de esta misma parte no lo escogimos todo. Por lo cual, dando á nuestra obra un tono enteramente distinto del de aquella, y añadiéndole libremente algunas ideas nuestras, pusimos el nombre de *Discursos* á los trozos en que la distribuimos. De consiguiente no podemos temer hoy ser criticados con razon en calidad de traductores, pues

que no lo somos, bien que hablemos siempre en nombre de Delille.

En cuanto á la versificacion de esta obrilla nos atrevemos á esperar que hallándola los inteligentes igual á la de la Enriada le darán la misma aprobacion con que tanto han recomendado ésta al aprecio del público, y excitado nuestra gratitud.

A continuacion del poema ofrecemos á su exámen y juicio crítico unas breves *Reflexiones* sobre algunos puntos curiosos de literatura poética, que hemos creido útil y preciso que acaben de tener entre nosotros toda la claridad y fijeza que necesitan los elementos de todas las artes. Lidiamos contra fuerzas muy superiores, pero ¿qué debíamos hacer llamados á la arena, y pudiendo ser útiles hasta con el instructivo ejemplo de nuestra derrota?

LA COMPASION.

DISCURSO PRIMERO.

Ideas generales de esta virtud. Su aplicacion á favor de los irracionales.

Hárto tiempo al tronár de la ímpia Guerra
Tembló yá el órbe atónito. Hárto tiempo
Escuchó la Molície embebecida
Del corruptór Placér los tórpes écos.
Ay! básta. Vén á mí, ¡oh precioso instinto
De las cándidas almas! dà á mi tierno
Delirio voz ¡oh Compasion celeste!
Y con llánto de amór baña mi pléctro.
Pues yó te cánto á tí, tú à mí me inspira;
Y dignos sonarán de tí mis versos.
Lógren hoi, consolando al triste mundo,

Ser bendecidos dél, grátos al cielo.
Lógren enternecér al tórpe avaro,
Y al déspota feróz, restituyéndo
Su llánto y su justicia al Indigénte,
Su glória y su virtud al Opulento.
Copa inexhausta ofrece de ventura
Al hombre la Piedad, con el excelso
Título de Monarca de los Brutos.
No fue la Fuerza quien le dió su cetro:
Fue la Piedad, del débil protectora.
Breve orizónte sólo desde el suelo
Los animáles vén, y en él terminan
Los fines de su humilde movimiento.
Dióles el Criádor alma imperfecta,
Bastante á sujetarlos al imperio
De la Necesidad, nó á las Virtudes.
Capáces de pasion, nó de consejo,
¡Cuánto distan del hombre! El hombre llora;
Y éste es su mas ilustre privilegio.
Del hombre es protectór el mismo llanto,
Cuando de su enemigo riega el pecho.
Lloramos al mirár arrebatada
Al Amór y al amánte en los destéllos
De su primer albór la virgen pura.

Llorámos contemplando al indefénso
Huerfanillo vejádo por el mismo
A quien lo confió paterno celo.
Y cuando la Piedad humilde empeña
Su elocuencia de Témis en el templo,
¿Qué corazon no arroja en la balanza
Lágrimas que la inclinen àcia el réo?
Dulce instinto à gemír nos amaëstra,
Y á sentir como propio el mal ageno.
¿Qué más? la narracion de un infortunio
Básta á cubrir al corazón de duelo.
Llorámos de Moisés el abandóno
Por Pusíno expresado sobre un lienzo,
Eufrátes nuevo do en su cuna gime.
Llorámos de Danloux ante el portento
De su hermosa Vestál, en flor y vida
A la tumba abrazada descendiendo
Por la Piedad, que al par inspira llanto
De su dolór, que olvido de su yerro.
La Piedad, de su Autor noble trasunto,
Revéla al hombre el ínclito misterio
De su celeste origen. Maldecidos
Por siempre lloren los inicuos pueblos
Que hoi, y ante nuestros ojos, inmoláron

La Compasion, por manos del vil Miedo.
Áras á la Piedad consagró Aténas;
Y el aváro Interés pagó contento
Usuréra oblacion á sus Auspicios. (1)
¿Qué no debe el mortal á tus desvelos,
Oh deidad? Tú las artes nos inspiras;
Tú endulzas las costumbres; y el venéno
Del Vicio lábas con tu llóro santo.
Sí. De tu vóz melósa el puro acénto
(Más fuerte que los pactos y las leyes)
Sacó á los hombres de los bosques yérmos
A juntar sus hogáres en la Aldéa.
Semibrutos en ella, y semidéos
Do quier de la Natura, que adoraban,
Un mismo valladár ligó los techos
De todos, y una misma lei las almas.
Contra comun pobreza y comun riesgo,
En propiedad comun se convirtieran
Hondas, industria, pastos y alimentos;
Como el terror y la comun vigilia
En plácida quietud y blando sueño.
Poco tardó Fortuna, injusta siempre,

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.

En romper la igualdad de los derechos
Separando las clases. Vióse al rico
Distinguido del pobre. Tembló el siervo
Ante el señor. Mas, nueva Providencia,
Súbito la Piedad dictó el remedio.
En la colmada Trój su mano misma
De la porcion del pobre hizo descuento.
Inspiró mansedumbre al poderoso:
Al váno caridad. Logró á su ruego
Hacer amable al tétrico Infortunio,
Mezclando llanto dulce, á llanto acérbo;
Y á la Bondad colmando de ventura,
Interés y Virtud puso de acuerdo.
Tál órden dió el Criador al bajo Mundo.
Cede ¡óh mortál! á Su querér suprémo.
Escucha á la Piedad, y el mismo daño
Que alivies, acreciente tu provécho.
Fuerza á que te bendiga al desgraciado,
Y hazlo feliz, si tú pretendes serlo.
Sed, pues, primer objeto de mis cantos,
Vosotros, que poblais nuestros otèros,
Vosotros, los que haceis fecundo el campo,
¡De todos propiedad, de nadie dueños!
Sí, nacísteis esclavos. Dios lo quiso.

Al formaros de un barro mas grosero
No os dió inmortalidad: sois de la tierra.
A nosotros la dió: somos del cielo.
Mas, pues necesidad juntos sufrimos,
Juntos para aliviarla trabajemos.
Nó que rebélde inténte mi ternura
Violar otro fatídico decréto, (1)
Y al anciano de Sámos imitando,
Vano declamador, gritar diciendo:
"¿En qué os han ofendido, hombres cruëles,
«Esa inocente ovéja y su cordero,
»Que os ceden su vellon para abrigaros?
«¿No os dió á cambio de espinas dulce queso
«Y néctar de salud la frugal cabra?
«¿Las aves sonorosas nó supieron
«Vuestra pena calmar en lo escondido
«Del bosque inspirador con sus gorgeos,
«Mas que el aura fragante deleitosos?
«¿Qué os hizo el dócil buei, el compañero
«De vuestro afán, de vuestro campo el hijo,
«Labrador dél, como vosotros mesmos?
«¿Y osáis ¡hombres! osáis, junto á la esteva

(1) Veáse nota segunda.

«De que le desuncís lustroso el cuerno,
«Mientras sediento lame, ensortijado
«Con sangre y con sudór, el rojo pelo;
«Osais en pago de esa misma vida
«Que su auxilio os conserva, el mortal hierro
«Clavarle en la garganta, y su mugído
«Escuchar como un plácido concierto?
«¿Falta acaso materia á vuestra torpe
«Gula ¡oh, más que las fieras, hombres fieros!
«Mirad la fruta á que os convida el brazo
«Del arbol con su amigo movimiento.
«Mirad los tallos que la sávia errante
«Por vuestro bien convertirá en venéros
«Del licor de los dioses. Ved las mieses
«Crecer para saciar vuestros deseos.
«¿No os dá la abeja su fragante almívar?
«¿La cándida primicia de su seno
«Os niega acaso la nutríz novilla
«Para templar de vuestra sangre el fuego?
«Nó, ¡bárbaros! pues ¡ay! ceded al lóbo,
«Al oso y tígre ese festin cruënto
«De que Naturaleza se estremece.. !!"
Vanos discursos: la habitud y el tiempo
(Más que Naturaleza poderosos)

La ley borraron, ya que no pudieron
La queja y maldicion que al hombre envía
En el balído y el mugír postrero.
Haced los vientres tumbas ¡oh inhumanos!
Mueran porque vivais: mas un momento
No dilateis su fin á la agonía:
Mirad que os lo prohibe el Sér eterno;
Y la Piedad, que resignada aprueba
La esclavitud, maldíce los tormentos.
Pero, qué! ¿yó, yó mismo no lo he visto?
¿No he visto yó, cargados con un peso
Mayor que su poder sobre la hundida
Espalda, ensangrentada, y de pellejo
Desnuda yá, bufàr los animales
Bájo el azóte déspota de un necio,
Que injusto, motejando su pereza,
Castiga la flaqueza de sus nervios?
Sí: yo los ví, los miembros dilatados
Diagonalmente hincados en el suelo,
Faltos de fuerza para echar el paso,
Yertos en tierra dár, doblado el cuello;
Y aun entonces ¡qué horror! el rudo azóte
Caér con nueva rabia encima de ellos
Porque no desperdicie la codicia

Los de su esclava vida últimos restos;
Y al fin la convulsion de los dolores
Prestarles nuevo impulso y vigor nuevo
Desuncid vuestros carros ¡hombres duros!
Sus hermanos vendrán á socorrerlos;
Y aun tú te detendrás para aliviarlos,
Caballo del sensible pasagero.
El bruto al bruto como el hombre al hombre
Deben en la afliccion darse consuelo.
¡Y cuánto màs inicuo todavía
Del justadór ginete el torpe dueño
Que lo enflaquece adrede porque pueda
De palenque á palenque, bajo el peso
Y el látigo y la espuela del galáno
Yoquéi, partir, llegar, y quedar muerto!
Horrendo alarde del humano orgullo!
¿Y se vé sin rubor? ¿Y hay quien al reto
Bárbaro asista sin llorar, mirando
Dos brutos inocentes compitiendo,
Sin ira ó gloria, à recibir la muerte
O darla? ¿Y para qué? para que enhiesto
Sobre el cadáver, dándose á sí el lauro,
"Vencí" grite el estólido mancebo,

Y arrebáte la apuesta ambicionada...
De infame honór, infame emolumento!
En mi amada Albiön, patria benigna
Del brutó justadór, tomad ejemplo.
Ella os enseñarà de cada raza
A distinguir y respetar los fueros;
A cultivar su instinto, y desvelarse
Por su felicidad. Ni mas fraterno
Brilla el amor con que á los suyos nutren,
Y acarician, y abrigan en sus lechos,
Esas hórdas;:: selváges, no inhumanas.
El bruto es grato, y ríndese al obsequio.
¿Quién no le ha visto, al resonar apenas
La trómpa, mas veloz que los deseos
De su señor, y con su alhágo ufáno,
A su voz, sin azote, espuela ó freno,
Partir, volár, llegar, pasar la meta,
Volver, parárse, y con mirar soberbio,
Y pisar redobiado sobre un punto,
Celebrar la victoria de su dueño?
Prudentes emplead don y castigo:
Sentir favor y agravio es el primero
Instintó de los brutos: su venganza
No es menos fiel que su agradecimiento.

¡Y los maltràta el hombre! ¡El que su propio
Màl llora, rie asi del mal ageno!
No tú, virtuoso Hogarth! tú cuya pluma
Trazó la historia y triste monumento
De la suerte infelice de los brutos.
No tú, de quien bastára à hacer eterno
El nombre la expresion del aldeàno
Que la cólera de otro reprendiendo
Contra el asno paciente, solo exclama:
«¡Tú no hás oido à Hogarth, hombre pervérso!" (1)
Hagámoslos en fin nuestros sirvientes;
Pero no nuestras víctimas. Entre ellos
Será el primero que mi Musa cante
Ese noble animal, norma y portento
De amor y gratitud, que desvelado
Noche y dia, celoso ganadero,
Nuestros rebaños une, y guarda, y guia,

(1) El sensible pintor Hogarth se dedicó á representar, en una serie de escenas preciosamente grabadas, todos los padecimientos y males que causa á los brutos el hombre. La exclamacion con que acaban estos versos debia ser "¡tú no has visto los grabados de Hogarth!" pero por desgracia nuestra, hubiera sido ridícula en boca de un aldeano español, á quien pudiera responder el otro: "¿Y tú, qué has visto, majadero,? ¿hay en tu casa láminas?"

O defiende cual propios los hijuelos
De su pastor dormidos en la choza
Si sorprenderla intenta el lobo hambriento;
Can fiel! en cuya inmovil moribunda
Mirada recibimos el mas tierno
Saludo, y el adios mas amoroso!
¡O tú, el que diste ya tu último aliento
De tu Rëal Señora (1) entre los brazos;
De su abandono y su horfandad consuelo;
Tú, cuya boca alzaba la cadena
Que arrastraba su pie; tú del postrero
Adios del puro adolescente hermano
Triste y único don! Cuando el adverso
Querer de inexcrutable Providencia
Permitió que el anárquico gobierno
De su dulce hermanita lo apartase
Para sumirlo triste en un horrendo
Calabózo, sensible la legára
El solo sér que en todo el universo
Reconocer pudiera por amigo.
Y aun este amigo, (¡oh del divino genio

(1) Hija de Luis XVI; hoy Duquesa de Angulema. Véase la nota tercera.

De la Piedad inspiracion potente!)
De sus mismos feroces carceléros
Fue voluntario dón, que la justicia
A la inocencia tributó del preso.
Ay! yó, que proscribí los funerales, (1)
Por vana afectacion, con que los restos
Suele honrár de algun bruto grato el hombre,
Injusto entonces fuí, y hoy me arrepiento.
En un mármol que cubra tus cenizas
Mi mano misma grabará:

«FIDELIO
MURIÓ LEAL EN ESTE SIGLO INGRATO!
SIRVA A LOS HOMBRES DE RUBOR Y EJEMPLO."

Ni junto al cán de Prócris celebrado
Se obstentará tu humilde mausolëo.
Del noble Poniatowsky y de su tierna
Hermana los jardines serán templo
Do se acaten tu sombra y tus cenizas.
Al lado allí de un límpido arroyuelo
Bordado de amarilla siempreviva,

(1) En el poema titulado Los Jardines.

(Triste y perenne como tu recuerdo)
En bosquecillo lóbrego escondido,
Teresa amable, de los Reyes nuestros
La pura huerfanita, irà à llorarte::::;
Si es que lágrimas quedan en su seno.

NOTAS

AL DISCURSO PRIMERO.

NOTA PRIMERA, *pág.* 10 *verso* 2.

«*Aras á la Piedad consagró Atenas*»

Hylos hijo de Hércules y de Deyanira, perseguido por Euristhéo, se refugió á Atenas, donde en honor de la Misericordia, ó la Piedad, edificó un templo que los Atenienses declararon por asilo inviolable para los desgraciados y aun para los rèos.

Representaban à la Piedad los antiguos bajo la forma de una hermosa y blanquísima Matrona, con un ramo de incorruptible cedro en la mano derecha, y el brazo izquierdo extendido y levantado en ademan de ofrecer amparo. A sus pies habia una Corneja, animal que, segun Horo Apolonio, reverenciaban muy particularmen-

te los egipcios, como el mas propenso de todos á la compasion.

Largo tiempo fueron sacros los altares de esta Divinidad en Atenas, cuyos habitantes, indispuestos entre sí casi de continuo, acudían tambien con igual frecuencia á este templo para reconciliarse. "La vi-«da del hombre (dice Pausánias) está tan «sujeta á vicisitudes, reveses y necesida-«des, que la Misericordia debe ocupar el «primer lugar entre sus divinidades tute-«lares. Todos los hombres y todas las na-«ciones deberían ofrecerle sacrificios, por-«que todos y todas tienen igual necesidad «de ella."

Todavía fue virtud la Piedad despues de dejar de ser adorada como Diosa. Pero la corrupcion de las costumbres acabó tambien por sofocar sus dulces influencias, como habia destruido su culto.

Los Estoicos, que se atrevieron á sostener como un principio filosófico que la compasion no es otra cosa que una flaqueza del ánimo, eran á lo menos consecuen

tes en su doctrina; porque, en efecto, si segun ellos el *dolor no es un mal*, claro está que la compasion que causa es un sentimiento no solo inútil, sino impertinente y evitable. Pero la secta de los estóicos era poco numerosa; y la mayor parte del género humano no dejó nunca de considerar el *dolor* como un *mal*. ¡Y sin embargo ha podido abandonar el culto de la Compasion!

NOTA SEGUNDA, *pag.* 12. *verso* 7.

«Nó que rebelde intente mi ternura
«Violar otro fatídico decreto." &c.

Pitágoras introdujo en Grecia y en Italia el dogma de la *transmigracion de las almas*, en que le habian iniciado los sacerdotes egipcios, quienes verosimilmente lo habrían recibido de la India; pero esta doctrina no fue adoptada en Italia mas que como una hipótesis ingeniosa. Aun los poetas mismos, á quienes la idea de la Metempsicosis debia surtir de muchas imáge-

nes agradables, no se dignaron hablar de ella. Lucano solo la nombra para llamarla *mentira plausible, y propia para borrar las imágenes de la muerte;* y los filósofos no la creían, puesto que el mismo Pitágoras sacrificó cien bueyes para celebrar su descubrimiento del cuadrado de la hipotenúsa.

Menos propio era todavía este dogma para lograr aceptacion en Europa que en el Indostán; porque como en las riberas del Ganges la naturaleza ofrece espontáneamente al hombre cuanto en realidad necesita, lo hace esencialmente sóbrio; siguiéndose de esto que, por lo mismo que prefiere las frutas y legumbres á las carnes, profése mayor respeto á los animales; y asi es, que esta creencia se ha conservado hasta hoy sin alteracion en aquellos paises. Los indostanos tienen todavía sus solemnidades y ceremonias en honor de los animales. Los Brámas celebran una fiesta dedicada á las vacas, que llaman el *Pongól*. Adoran tambien al *dios de la virtud* bajo la forma emblemática de un buey; y compa-

decen á todo animal, por vil que sea, considerándolo como partícipe de la humanidad por efecto de la transmigracion de las almas. Diferentes viageros refieren que todavía en el siglo pasado se veían en Surata hospicios para las pulgas, chinches &c.; y aun habla tambien de una secta de indios que hay en el reino de Golconda, la cual profesa tal horror á la sangre, que se abstiene de comer cebollas solo porque esta legumbre contiene ciertos filamentos que semejan de algun modo las venas del cuerpo animal. El autor de la historia de Missora refiere que durante la hambre que en 1774 afligió á Bengála y dió la muerte á mas de tres millones de habitantes, se resignaban á morir los indios antes que á probar la carne. "En medio de tan lúgubre y espan-«toso espectáculo (dice el mismo autor) una «cosa excitaba todavía, si es posible, mas «admiracion que lástima, á saber: la imper-«turbable constancia de los indios en no a-«ceptar ninguna especie de alimento animal, «y en soportar todas las angustias de la

»agonía, despreciando serenos el para ello »ilícito remedio; de suerte que puede de- «cirse propiamente que en este naufragio «de la humanidad no sobrenadó otra cosa »que la Religion."

NOTA TERCERA, *pág.* 18. *verso* 8.

"*¡O tú, el que diste ya tu último aliento*
De tu Rëal Señora entre los brazos." &c.

La joven María Teresa llevó consigo cuando la sacaron de la prision llamada *el Temple* un perrillo que su hermano el Delfin la habia regalado. Este fiel compañero de sus infortunios murió á su vista precipitado casualmente desde un balcon del palacio de Poniatowski en Varsovia en 1801.

El príncipe Poniatowski, que por aquel tiempo habia recibido en su casa con grandes miramientos á la familia real de Francia, determinó elevar en sus jardines un monumento en honor de este animalillo, que podria recordar á la posteridad ideas no menos tiernas que sublimes y espantosas. El rey prófugo Luis XVIII escribió entonces una preciosa carta á Delille para que compusiera la inscripcion de este monumento; y el poeta, que se hallaba á la sazon en Inglaterra, (tambien emigrado) la hizo inmediatamente; pero quiso la desgracia que la *policía* de Bonaparte, yà en aquel tiempo apoderada de una gran parte de la Alemania, interceptáse en Baireuth los versos y la carta del autor.

No parecerá inoportuno que aprovechemos esta ocasion de citar aquí algunos ejemplos de fidelidad dados por los perros en los calamitosos dias de la revolucion francesa. En un libro publicado en 1796, se dice lo siguiente acerca del último de estos animalillos que habia pertenecido á la Reina.

«La desventurada María Antonia conservaba en su prision del *Temple* un perrillo que habia criado de chiquito, el cual la siguió cuando la trasladaron á la *Consergería*; pero los carceleros no le dejaron pasar de la puerta del calabózo. Alli esperó en vano;

gimió, rogó, si asi puede decirse, á todo el que abría la puerta; y al fin estableció allí para siempre su residencia, à pesar de la persecucion, amenazas y aun golpes de los gendarmas, permaneciendo así fiel y á la mayor inmediacion posible de su señora, superior á los influjos del miedo y aun del castigo. A las horas en que el hambre ó la sed lo apremiaban se dirigia á las casas mas inmediatas, en las cuales hallaba siempre remedio á su necesidad; y en seguida se volvia á la puerta de la prision, de donde no faltó jamas dia ni noche. Muerta despues en un cadalso la ilustre María Antonia, su pobre perrillo (que ha vivido hasta 1795) conservó inalterable su costumbre, sin haber querido nunca darse á otro amo, como lo testificaron los vecinos inmediatos de la *Consergeria* que lo socorrian, y no le daban otro nombre que el de *el perro de la Reina.*"

A un vendedor de carnes condenado á muerte le siguió su perro hasta la plaza de las ejecuciones, (llamada entonces de

la Concordia!!) donde permaneció al pie de la guillotina mirándolo de hito en hito hasta que vió caer la cabeza. Buscándola entonces desatinado, y no pudiendo hallarla, viendo que se retiraba el carro que le habia conducido lo siguió hasta la puerta de la *Consergeria*; y desde entonces durante mucho tiempo no dejó un solo dia de venir al mismo sitio y en la misma hora para acompañar de ida y vuelta á la plaza el carro de las víctimas.

Dos niños, hijos de M. D... iban diariamente á verlo á la puerta de la misma prision, donde no llevaban otro guia que el perro de su casa, que les servia de Mentor. Este cuidaba de su seguridad, alejaba todo animal que pudiera amedrentarlos, los mantenia unidos, los empujaba para apartarlos de los carruages, se adelantaba y les abria paso, ú embarazaba á los que pudieran estrecharlos, y finalmente los volvia á su casa del mismo modo, sin que en tantas repeticiones de peligros y dificultades les sucediera nunca el mas

leve contratiempo. (Téngase presente que la industria y arte de cultivar el instinto de los perros, ó llámese de educarlos, ha llegado en algunos paises á un grado de perfeccion que no exige menos que verlo para poderlo creer.)

Pudiéramos citar otros muchos rasgos de fidelidad é inteligencia de los perros. Ya se ha pensado en componer una historia moral de los animales durante la revolucion francesa; pero quizá hubiera sido demasiado injuriosa para el género humano. Por lo que hace á la historia particular del perro, ya se ha mezclado muchas veces con la de los hombres. El mismo Homero que cantó á los Dioses, y celebró las proezas de Aquiles, no se desdeñó de hablar en la Odiséa del perro de Ulíses, que fue el primer viviente que reconoció á su amo. La Sagrada Escritura hace tambien mencion del perro de Tobías.

DISCURSO SEGUNDO.

La misma virtud ejercitada con los sirvientes libres. Con los Esclavos. Con los parientes.

Objéto de piedad, si nó más justo
Más noble, la amorosa Providencia
Al hombre dà en su igual, no yá su esclávo.
De vosotros diré: los que la agena
Casa habitais, sin amistad ni deudo,
Por una humilladora recompensa
Con honrado sudor santificada;
De vosotros diré: : : Nó que indiscreta,
Proclamando igualdad contraria al orden,
Romper mi musa inténte la cadéna
De séres, que en el átomo termina,
Desde el Omnipotente, en quien comienza

Mas no por éso, prósperos mortáles,
Intenteis contristarlos, y la acérva
Memoria, harto indeléble, renovarlos
De su abyeccion, y vuestra prepotencia.
A vuestra voluntad rinden la suya;
Os dan su *libertad:* ¿qué más pudieran?
¿Con qué compensaréis tal sacrificio?
Ah! si en un breve instante la apariencia
De esta deidad sagrada bastó sola
Mi noble Patria á trastornar; si apénas,
Del hierro de sus grillos, el esclavo
Espartáco forjó la que en su diestra
Brilló libre cuchilla, huyó el Romano,
Se sublevó la Italia, y la potencia
Vaciló de Pompéyo; si dos veces
Inérme el inmortál pueblo de Ibéria
Lanzó á los máres, ó estrelló en los montes,
Las huestes Africanas y Européas: (1)
Ved si grabó profundo en nuestras almas
Su siempre invícto amór Naturaleza!

(1) Estos cuatro versos no pueden ser del original, compuesto antes de nuestra revolucion de 1808. Pero ¿qué español podria réjistirse á la ocasion de hacerlos y dejarlos grabados en un monumento tan digno de la posteridad?

Pues que asi le conviene, sirva el hombre;
Mas, no hálle ultráge, en vez de recompénsa.
Amos prudentes, mézclese invisible
La autoridad á la bondad paterna.
Recíproco interes, mútuo contráto
La servidumbre y el dominio sean;
Y el célo adivinando los preceptos,
Decirse no podrá que uno obedézca
Ni otro mande. ¡Oh cuán plácido presiente
Un tierno corazon lo que deséa
El corazon amado, convirtiendo
El debér en deleite y conveniencia!
¡Qué amistád no dá más que se la pide!
Mas el que la Piedad os recomienda
Con más ferviente ruego ¡ámos sensibles!
Es ese anciano servidor, que viera
Y acompañára ante el altár, llorando,
Joven, y enamorada, y pura, y bella,
La que os dió el sér despues, y entre sus brazos
Mientras que descansaba os depusiera;
Cuyas canas mojaron vuestros besos;

Cuyo sigilo os evitó mil penas;
Cuya infidelidad, si no inculpable
Inocente en su fin, de las paternas
Reprehensiones frustrára la justicia,
Declarando por suyas culpas vuestras.
Pagadle ahóra, desinteresados
Como lo fué su amor; y pues sus fuerzas
Se consumieron todas por vosotros,
Del peso de la edad y las faénas
Descargadlo por siempre; (¡y éste siempre
Quizá acábe en la auróra venidèra!)
Honor de vuestro hogar y tímbre vuestro,
Su senectud inspire reverencia.
Si nada puede yá, todo lo quiere;
Y su historia será libro en que aprendan
Sus nuevos sucesores á agradaros.
Sus sonrisas, sus gestos de impaciencia,
Suprema autoridad tendrán con ellos.
¿Y tú, cuando yá en fin ni aun esto pueda,
Tú, el resto venerable de sus dias
Amo ingráto! darás á la miseria?
En las calles mendígo ha de pararte
El mismo que por tí se desprendiera
De su pobre salario, y cuando niño

Regalillos de amór dió por respuesta
Anticipada á tu pedir continuo?
Nó: la justicia, el mismo honor lo vedan;
Védalo tu interés, ¡hombre sensible!
Monumento en tu hogár es su presencia
De antigua gloria, cual antiguo mármol,
Que tu olvidada historia te recuerda.
¿Le oiràs indiferente repetirte
De tu niñéz las plácidas escénas;
Tu naciente valór, cázas, combátes;
El primer desafío en que tu diestra
Defendió al inocente atropellado;
Y el pleito en que vencistes, y las fiestas
De su celebridad; y la batalla
Famosa, en que la sangre de tus venas
Regó el campo y tiñó la tremolante
Ganada por tu brazo alta bandéra;
Y luego tus amóres... tu himenéo...
Hombre ¡de qué te privas! ¡qué enagénas!!:
Si te es inutil yà, si las deshoras
Y el bullicio del pueblo le molestan,
Traslàdalo á tu Quinta. Auras süáves
Allí respirará que le devuelvan
Si nó el vigor el gozo de la infancia,

Como suele el rocío á la flór séca.
Alli otra véz se juzgará dichoso;
Y el vago recordar de sus primeras
Sensaciones y amores, duplicando
Su niñéz, llevará lédo á la huesa
Al que al nacer te recibió en sus brazos,
Y muere bendiciendo tu existencia.
Ni olvidarán mis cantos á los hijos
Del Africano sól; los que por cuenta
De la tirana Europa fecundizan
Las dulces Colombiánidas ribéras.
Si en color desiguales, nó en derechos.
¡Blancos! ¿qué haceis? ¿armarlos con las mesmas
Leyes con que pensasteis maniatarlos?
Léjos de mí, doctrinas indiscretas
Que con falsa piedad, desanudando
Los lazos que amarraban á hombres fieras,
(Por crueldades de otro hombre encrueleci-dos,)
El hierro, el fuego, y la venganza ciega
Les concedieron, para mútuo daño.
¡O triste Haíti! ¡ó libertad funesta! (1)

(1) Revolucion de la isla de santo Domingo.

Huìd, desventurados habitantes...
Los tigres quebrantáron sus cadénas...
Volcán es cada pecho; cada brazo
Negra guadaña que las vidas siega.
Si el sol vió con horrór vuestras crueldades,
El mismo Robespier hoi, con verguenza
Y envidia, vé el honor de sus venganzas.
Védlos. Clavados en las lanzas llevan
Por estandartes niños moribundos;
Y del hórrido ahullido de las tiernas
Madres al són, cantándo, á compás marchan;
Padres, hijos, esposos, muertos ruedan
Ante sus pies, qué para abrirse paso
Los apartan, en tanto que vadéan
Las calles, por la sangre hechas torrentes
¡Del mál del mundo la Deidad siniestra
Pudo así, en solo un punto, entrámbos polos
Al fuego dár, con una misma téa!
¿Y qué causa produjo tal desastre?
Vuestra sevicia, ¡oh Blancos! vuestra acerva
Condicion, vuestro olvido de las dulces
Leyes de la justicia y la clemencia.
Hollásteis la piedad, y perecísteis.

Airóse el Odio. Peroró la Ofensa.
La Astucia concitó, representando
Vuestra debilidad, su propia fuerza,
Despecho, agravios, ocasion, ejemplo,
Derechos, libertad, gloria, opulencia: : : :
Callád tódos; ilusos! Ambos bandos
Oigan á la Piedad! Cése la guerra!
Renazca la amistad, y ambos colóres
Recíproco matíz, no yá bandera
De agresion muestren, confundiendo en una
Las enemigas razas blanca y negra.
Mándese y obedézcase sin ódio.
De la severidad y la indulgencia
Húyanse los extremos, que al desprecio
O á la venganza atróz sueltan la rienda.
Y si es forzoso que el sudor esclavo
Riegue las Tras-Atlánticas florestas,
La sávia al menos de la dulce caña
Pocion de sángre y lágrimas no sea. (1)
Con grito mas enérgico y mas tierno
La voz del deudo al corazon penetra.

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.

¿Y escucharás tranquilo su gemido?
Del pariente infeliz en la presencia
¿Podrás gozár tus prósperos destinos
Sin cuidar del alivio de su pena?
No lo espéres: su sángre es quien te arguye;
Y tu remordimiento quien la vénga.
Cálla en vano la Lei, cuando pronuncia
Su imperioso querer Naturaleza.
Ved las ramillas, hijas de ese tronco;
Una, de píngüe jugo está repléta;
Otra, sedienta dél, y desecada.
Véd cuan celoso el jardinero llega,
Y para alimentar à la indigente
Tomando lo supérfluo á la opulenta,
Con fecundante amputacion compárte
De la sávia nutríz la oculta véna.
Sí: ¡pariente crüel! tus abundancias
No son de la incorrupta Providencia
Graciables injusticias: crímen tuyo
Son, si atesóras lo que dár te ordena.
Oye su vóz, y tú tambien corrige
La injusta Lei, ó la Fortuna ciega.
¿Y quién no gustó yá la fruicion pura

Que causa la Pied d: en quien la empléa?
Tu nombre.. ¡ilustre Cándida! grabádo
Con buril inmortàl por la discréta
Musa de Adisson (1), sírvame de ejémplo
Noble, y de madre huèrfana, la bella
Joven, al triste padre recordaba
La imágen de su amada compañera,
Dandole así dos ídolos en uno.
¡La esposa los sentidos embelésa;
El hijo irríta la ambicion; la hija
Es en quien toda dicha se concéntra;
Como objeto de amór, nó menos puro,
Y (¡oh verdád!) de mas fiel corresponden-
cia!
Modélo de beldád, en quien Apéles
De la madre de Amór reconociera
Las perfecciones todas reünidas,
Que apenas encontrára en mil doncellas;

(1) Celébre literato, moralista y poeta inglés. Este episodio, que Delille imitó del número 449 de su Espectador lo hemos reducido, y quizá torpemente desfigurado; pero debemos confesar habernos hallado sin las fuerzas necesarias para traducir este trozo completo y con la singular amplicidad de expresion que tiene en el original, á la cual resiste la nobleza de nuestro ritmo en los versos largos.

Y amante idolatrada de un mancébo
Con quien Amór no ha menester sus flechas,
Cándida, núnca á su adorádo amigo
Quiso rendir la palma en competencia
Del tierno, adolorido, anciano padre.
«Mi bien: llorémos (era su respuesta.)
«Nada te debo á tí, lo debo á él tódo:
«Tu amór es eleccion, mi afecto es deuda.
«Mi padre para sí náda me pide:
«Tú, amante de tí propio, me deséas.
«De èl apartàda, yo te amára menos;
«(¡Que no hay pasion que engáñe á la con-
ciencia!)
«Mis hijos fueran hijos del Delito:
«Tú fueras infeliz; y él pereciera.
«Llorémos: mas llorémos inocentes,
«Pues cuándo llora la Virtud consuela.
«Tiempo vendrá.. ¡sacrílega, qué has dicho!
«Perdónala ¡óh cleménte Providencia!"
Así hablàra, con éco sobrehumano,
La joven combatida. Ojalá puedan
Mis versos conmover así las almas
Sensibles de otras hijas como élla.
Sublime oficio del divino árte,

Eco y aliento de la voz primera
Que resonó en el mundo desde el cielo!
De tu eminente gloria y tu nobleza
¡Arte embelesadór! este és el timbre.
Por tí la Líra sácra reverencia
El fiel creyente, y su divino acento
El éco tódo de los orbes llena.

NOTAS

AL DISCURSO SEGUNDO.

NOTA PRIMERA, *pág.* 38 *verso* 19.

No se ha querido dar aquí una idea prolija ó cuadro completo de las escenas horribles que vió la Revolucion de la isla de santo Domingo. En este poema, destinado á celebrar las dulces emociones de la verdadera Caridad, no debia amontonarse un número tan espantoso de atrocidades, de las cuales muchas son tan notorias que sería supérfluo el referirlas, y otras tan irritantes que el alma se resiste á contemplarlas. Sin embargo recordaremos únicamente que en la sesion de la Convencion nacional en que se desdobló ante la Francia atónita la inmensa lista de los crímenes de Carrier, un Diputado negro llamado

Joseph, admirándose de que por tales acciones se acusase á aquel patriota, dijo en su lenguage chapurrado, con una fria sonrisa: "*Vaya, vaya: mi haber hecho otras bien mejores en San Domingo.*"

DISCURSO TERCERO.

A favor de los amigos. De los forasteros. De los vergonzantes. De los infelices á quienes la necesidád arrastra para cometer el primer delito.

¿Y qué será si un desgraciado amigo
Nos dirige su vóz? ¡Oh Amistad santa,
Tu nombre sólo llena el alma mia!
Soy amigo: no quiero otra alabanza.
¿Quién no págó gustoso tus tributos?
No es eleccion el deudo que nos áta:
Eslo sí la amistad, que sin cadenas
Hace siervas recíprocas dos almas.
Bienes, desvélos, prósperas fortunas,
Privaciones, y riesgos, y desgracias,
Todo es comun, porque es comun la deuda

A que empeña virtud de gloria tanta.
Mas, quien no tiene amigo no es amigo,
Y en estéril viudéz su virtud guarda.
¡Infeliz quien lo busca, y no lo encuentra!
¡Dichoso yó que hallé jóya tan ràra!
Yo hallé á Lésbia, la tierna y generosa; (1)
Lésbia, la que en los ecos de su hárpa
Daba vida á mis versos balbucientes,
(Si yá no es más verdad que los dictaba);
Lésbia, á quien solo yó no llamé bélla...;
¿Pero, acàso, mis ojos la miràran?
¡Ay! mis ojos murieron! mas ¿qué importa
Si Lesbia vé por éllos, y trasláda
Al papel los acentos de su amigo?
Mi Lesbia, que oscurece vuestra fama
¡Nobles hijas de Milton! los preserva. (2)
Si á la de vuestro padre no se iguala
Mi Lira, de la gloria de su nombre
Tampoco llorarà la torpe mancha.
¡Vate estupendo, indigno ciudadano, (3)
Mílton, fue deslëal á su Monarca!

(1) Véase la nota primera al fin del Discurso.
(2) Véase la nota segunda id.
(3) Véase la nota tercera. id.

¡Poéta humilde yó he cantado el mío!
Mas nó desemejante en mi desgracia
Y ventura con él, el amór puro
De una hija adoptiva suple, y cambia
En luz, la obscuridad de los mis ojos.
¡Dulce consoladora de mis ansias!
¿Callaré yó, aunque aflija tu modestia,
Tus filiales virtudes, que juzgáras
Con razon imperfectas reducidas
A tu adoptivo padre? No. Callàrlas
Fuera robarlas al comun ejemplo.
Tu padre verdadero aprovechába
El fruto de tu noble sacrificio,
Tu mezquino salario. ¡Oh cuán sagrada
Me fué, virtuosa Lesbia, tu indigencia!
¡Cuànto más respetáble que esas vanas
Riquezas, que rompiendo cual torrentes
Las márgenes del orden, inundadas
Tras sí dejan del vicio las florestas,
Do crécen tantos males, culpas tantas!
Tu virtud, semejante al arroyuelo
Silencioso y fugàz, que se recata
Del beso de la flor agradecida,
Y riega y nutre con su vena escasa

El huertecillo, ornato de tu choza,
Y cual ella obra tuya, y dá abundancia
De su misma pobreza, recibiendo
Sombra, incienso y coróna de las plantas.
Tu virtud, digo, que del mismo modo
Se ejerce providente, así consagra
Los bienes y los males que hace ó cura.
Mas ¡ay! que á la Piedad esto no basta,
Si otros medios le ofrece la Fortuna.
El extrangero errante, el que en su patria
Padece ausente del hogar paterno,
Te invocan ¡oh deidad! óyelos grata.
Ni siempre el infelíz puede implorarte
En los átrios, las calles, ó las plazas:
Tambien tiene pudór el infortunio,
Y ante el próspero orgullo se acobarda;
Nacen tantas pobrezas de los vicios,
Que el justo, con razón, téme á su infamia,
Paciente y sólo, en su ignorado asilo,
No provóca del vulgo las miradas.
Búsquelo, pues, la Caridad agente:
¿Quién busca un infelíz que nó le hálla?
Al modo que la suerte de las lides,
Tiene la Compasion sus horas faustas,

Do pierde la Victoria quien las pierde:
Velad, justos, si habeis de aprovecharlas.
¿Veis aquel infelíz, que perturbado
De un insáno furór, huye, se pára,
Cláva en el suelo los convulsos ojos
Como ante un precipicio que le aguarda,
Y súbito prosigue su carréra
Con vaga direccion, cargada el alma
De un crímen, y la mano de una joya?
Es un ladrón: seguidle hasta su estancia.
¡Espectáculo horrible! ¡Oh Dios piadoso!
Como en lóbrego bosque la camada
De lobos, se descubre allí, desnuda
Su inocentilla próle, extenüáda,
Yerta, y los ojos del llorár sangrientos.
Vedla que ahullando ante sus pies se arrástra...
Ved á la esposa, inmóvil, que al enjuto
Seno apoyando al hijo que la abraza,
Con más llánto que léche le humedece
Las secas fauces, del gemir llagádas.
¿Veis mas que suelo y técho? nó: ayer mismo
Arrancó de la lóbrega morada
Un roto banco y un acerbo lecho

De usuréro acreedór la mano avára.
Ved al padre postrarse taciturno
En tierra, y con estúpida mirada
Clavar los ojos en su diestra mano,
Y arrojar por encima de la espalda
Con la siniestra el pan, que no ha probado,
A los hijos, que sólo entónces álzan
Cual gozquecillos las delgadas manos
Que de las de la madre lo arrebatan.
Róto su corazon de horrór y péna
Escuchad, ¡oh mortales! cómo os habla:
«Hombres, que con seguirme habeis violádo
«El secreto del hombre, y la sagrada
«Sombra de sus paredes, ¿qué os obliga
«A tal profanacion? ¿será la vana
«Curiosidad? pues, bien: mirád; y oidme.
«Ese espectro es mi espósa: esas fantasmas
«Nacieron hombres, hijos de esa pura,
«No yá mugér, deidad podré llamarla:
«Yo fuí esposo y padre, hoy yá soi monstruo;
«Sucedió la maldad á la desgracia;
«Y cuanto amaba ayér, hoi aborrezco.
«Soy ladrón: y el cadalso me reclama.
«Sí, hermanos: delatádme. De la vida

«Quitadme de una véz la odiosa carga,
«Dejando así desagraviado al cielo,
«Pura la sociedád, la Lei vengada.
«¿Quién sábe? ¿Quién lo duda? ¡atróz preságio!
«Este, que es hoi ladrón, será mañana
«Homicida feróz! ¡ay! libertadme
«¡Hermanos! de mí mismo. En esta gracia
«Se interesan los séres inocentes
«Que me circundan. Líbre de la infamia
«De ser horrendo albergue de un malvado,
«Entrará sin rubór en esta casa
«La Caridad, buscando al infortunio"...
Y aqui el dolór la débil vóz le embárga.
Vosotros, que le oísteis sollozando,
Acudid á su auxilio, y de la alhája
Sustraida el valór, multiplicado
Por los tiernos suspiros que os arranca
Trocadle, vuelto ya del parasismo:
Prometedle sigílo; la palabra
Tomadle de invocaros en la urgencia;
Y de santa fruicion llenas las almas
Alejaos dél, alegres repitiendo,

Quien príva un crímen, ¡cuántas vidas
sálva!" (1)
Si en los descubrimientos se complace,
No sin razon, la diligencia humana:
Si al uno, interpretár mudas ruinas:
Si al otro, dar su nombre á la ignorada
Isla fueron blasón: si el gran Colómbo
Y Herschél tierras y cielos nuevos hallan,
Y de inmortál aplauso se coronan;
Creédme: la mansion de la desgracia
Descubrid, y tendreis por recompensa
Gloria etérna, que es más que etérna fama.
Mas, si entre su rumór la populósa
Ciudad no os deja oir las quejas santas
Del infeliz, que el muro no penetran
De su escondida y lóbrega morada,
Id al campo. En la diáfana alquería
La voz del padecer suena, y se espácia
Hasta el éco remoto. La Inocencia
Mas veces en los campos acompaña
A la Infelicidad, que en las ciudades.
Ah! nó que ignore yó, (¡verdad amárga!)

(1) Véase la nota cuarta al fin del Discurso.

Que la maldád del pueblo ha desbordado,
Y reflüido sus corruptas aguas
En los campos, sembrando hediondos vicios
Do arómas de virtud antes brotaban.
La Páz, la Candidéz, el sacrosánto
Amor del culto, en nuestros tiempos faltan
Como de las Ciudades, del Aldéa.
Por todas partes la insolente audacia,
La ambicion, la inmodestia, la avaricia,
Déspotas reinan, y en las consagradas
Selvas, templo de Pàz, el ronco estruendo
Y el fiero estrágo de la Guerra causan.
¡Oh Campos! vuestro Vate os desconoce;
No sois vosotros yá los que él cantába (1).
¿Quién me dijera á mí que en el aldéa
Se mezclára algun dia á la ignorancia,
Inocente y humilde, la orgullosa
Abominable ilustracion bastarda
De esos necios imbérbes ciudadanos?
Que el uno, en tanto que su campo escarda,
Se mófe del divino sacerdocio
Aplaudido con risas y palmadas?

(1) En el poema del Hombre del campo.

Que el otro hable de Dios y de sus obras
Como de su ganado y su labranza ?
Que el uno préste á usura, y sepa de *dgio* ?
Que el otro, carnicero, la balanza
Política examíne, mientras deja
Correr á su favór la suya falta ?
Que en trages, desnudéces, torpe Lujo...
¡Ejémplo, ejémplo : cuántos máles causas!
Mas, no son así todos; y consuela
Ver que en diferenciarse se diláman;
Y la pluralidad tiene virtudes.
Muchas mas ocasiones aun os guarda
De ocurrir á su ampáro el infortunio.
Al industrioso dád las necesarias
Máquinas y utensilios de las artes,
En prèstamo ofreciendo disfrazada
La altiva donacion que al mismo tiempo
Que inspíre gratitúd, ínste á pagárla.
Con prudente artificio el Lujo mismo
Cambiar podeis de profusion infausta
En caridad plausible, y más sublime
Cuanto menos expuesta á la alabanza.
Violàd la timidéz de la indigencia,
Y sonrósela el dón, nó la demanda,

Cuando en su oscuro asilo sorprendida
Bése la ignóta mano que la ampára.
En fin, con muy mayór deléite os brinda
Mas solemne ocasion. He allí que brama
La Tormenta; el granízo entierra el prádo;
Derriba el Uracán las fuertes háyas;
Un incendio, que rayos alimentan,
De Mópso hace cenizas la cabaña;
Y ganados, y granos, y utensilios,
Y domésticas aves que las llamas
En el cercado ahógan : tódo ha muerto.
Mópso fué rico; ya no tiene nada.
No es ficcion : yó lo ví; precióso ejemplo,
Nó contingencia os canto ¡oh nobles almas!
Yo lo ví; y de Silváno, el generóso,
Mis versos dejarán aquí grabáda
La ingeniosa piedad, y sus efectos.
A Mópso, y su familia desolàda
A su Quinta conduce, y con paterno
Afecto albérga, y viste, y le señala
Ocupacion que su dolór divierta,
Endulzàndole así la copa amárga
Del no retribüible beneficio :

Mas, tal placér su corazon no sácia.
Con sigilosa diligencia ordéna
Edificar de nuevo la cabaña;
Restablecer el palomár y el horno;
Plantar el huerto; reponer contada
La activa poblacion de los corráles,
Estábios y colménas, y la mansa
Jumenta, amór y brínco de sus hijos;
Alzár fuerte, á nivél, la derribada
Cérca; profundizar la ciega noria;
Beneficiar las tierras y sembrárlas;
De muebles y utensilios, (necesarios
Al repóso y trabájo), ornár la estancia;
Ensemillar la tróx; y la cocina
Y despensa poner bien abastádas.
Llèga el dia feliz de la sorprésa.
¡Mópso! tú, que avenido á tu desgracia,
Piensas morir en triste servidumbre,
¡Qué ageno estás del gózo que te aguarda!
Seguido de su esposa y sus hijuelos,
Guiado y obediente á las instancias
De Silváno, sus pasos encaminan
Al suelo que enterró sus esperanzas.
Llégan; vén; gritan; llóran; miran; ríen;

Dudan; créen en fin, y se desmayan.
Musa, dí tú, (si acáso à los humildes
Los mas altos sujétos se compáran),
Dí tú, si un tiempo del Troyàno errante
La vista hiriera, ó conmoviera el alma
Con deleite mayor, la reducida
Copia de Ilion, en clima ignóto hallada.
Dí cómo los esposos exclamàron
Al ver cuantos objetos yà olvidàran:
«¿Tódo existe? ¡oh gran Dios! ¿ha renacido
«Tódo, ó quizà no ha perecido nada?
«¿Es el presente, ó fuè el pasado, un sueño?
«¡Tódo sóbra! oh gran Dios!" Nó: que reclàma
Vuestro menor hijuelo sus juguetes,
Y dice que sin ellos tódo falta,
Y él sólo no es dichóso::: Razon tienes;
Perdona, amor: tú lo seràs mañana;
Perdona al que olvidó que la justicia
Hasta al niño inocente es necesaria.
¡Bienhadado mortàl, justo Silvano!
Loór eterno à tu virtud sea dada;
A tu eficàz virtud, que mostrar supo
De un daño remediable la importancia.

NOTAS

AL DISCURSO TERCERO.

NOTA PRIMERA, *pág.* 46 *verso* 6.

"Yo hallé á Lesbia, la tierna y generosa."

Esta jóven, llamada Mademoiselle Vaudchamp, no menos recomendable por la fidelidad con que siguió y asistió à Delille en su expatriacion, que por el celo con que socorriò durante ella à sus propios parientes, contribuyò con su trabajo y consejos à la composicion y publicacion de muchas de las obras de su amigo; el cual al fin de sus dias le pagò del modo mas solemne que pudo la deuda de su agradecimiento casàndose con ella.

NOTA SEGUNDA, *pag.* 46. *verso* 15.

"Mi Lèsbia que obscurece vuestra fama
Nobles hijas de Milton" &c.

El exceso de aplicacion à los trabajos literarios á que este inmortal poeta inglés se habia entregado desde sus primeros años, lo privó enteramente de la vista siendo mozo todavía; y la ternura de sus tres hijas, (todas de diferentes madres), reparó en lo posible ésta pérdida, la mas funesta de todas para un hombre que cifraba yá su única felicidad en el estudio. Aprendieron, pues, entre todas á leer y pronunciar con perfeccion hasta ocho lenguas, en las cuales, sin entenderlas, leían á su padre lo que las mandaba, con la misma exactitud y complacencia que si lo comprendieran.

NOTA TERCERA, *pág.* 46. *verso* 20.

"*Vate estupendo, indigno ciudadano, Milton fue desleal á su Monarca.*" &c.

Es bien sabido que Milton era uno de los revolucionarios mas fogosos de su época; que fué mucho tiempo secretario de Cromwel; y en fin, que compuso é imprimió en latin en 1651 una *Apología del asesinato de Carlos I.* Doloroso es á la verdad que semejante hombre escribiese semejante obra; pero aun lo es mucho mas que la refutacion que de ella hizo el docto Saumaise sea tan débil, y sobre todo tan inferior á su argumento.

NOTA CUARTA, *pág.* 52 *verso* 1.

"*Quien priva un crimen ¡cuántas vidas sálva!*

Este episódio es un hecho verdadero, referido por M. de Sallo primer autor del

Diario de los sábios, y que ha servido de argumento al interesante drama titulado *La Familia indigente.* El distinguido pintór Danloux, acabando de oir recitar estos versos al mismo Delille, se puso á trabajar entusiasmado, y trazó de una sola y no interrumpida tarea, su magnífico cuadro de este asunto, que despues ha sido tan merecidamente celebrado por los inteligentes.

DISCURSO CUARTO.

En favor de los encarcelados; de los dementes; de los ajusticiados. Elogio del célebre filantropo inglés Howard.

Dà, Musa, á más dolór más alto verso:
Crézca la compasion, pues crece el daño.
De deudos asistido, y en el seno
De la fiel amistad, no es tan amargo
El infortunio. ¿Qué dolór resiste
De una familia agente á los cuidados?
A los consuelos de una esposa amante?
De una hija tierna al inocente llanto?
Cantèmos, Musa, al hombre que sumido
En más profundo horrór, vive apartado
De su esposa, y su padre, y sus amigos,
Y los auspicios de sus làres sácros,
La pública justicia, ó la clemencia,

En vil prision temiendo ù invocando.
Vén conmigo ¡oh deidad consoladora!
Unidos penetrémos de ántro en ántro,
Hasta llegár al que contiene al hombre
Mudo, solo, sin luz, y encadenado.
En este mismo instante, (que él no cuenta,
Porque es el tiempo indivisible càos
Para el que el giro de la luz ignora);
En este mismo instante en los saráos
De la corte solàzan sus amigos,
A sus bellas amantes enlazados.
En este mismo instante en el aldéa
Al simple agricultor, al artesano,
(Si yá no simple, honrado todavía),
Y al robusto zagál enamorado,
La *Quéda* avisa que llegó la hóra
De darse á los placéres ó al descanso.
¿Y en este mismo instante ese infelice
A un llorar incesante está entregado,
Como en la oscuridad del hondo infierno
Sin mensurár ni duracion ni espacio?
Sí: alli está, (¡y no le vémos!) contra el muro

Inmóble y yerto, descifrando al tácto
De informes letras el doliente verso
Que en él su antecesór dejó grabado.
«Al mísero indefenso
«Cobardemente oprime,
«Celebrádo del vulgo,
«El fuerte míentras vive.
«No importa: mortál éres,
«¡Oh enemigo inflexible!
«Tiempo vendrà en que llóres
«Los males que ahora ries."
Y al terminar la lúgubre lectura,
Con su propia cadena en el mojado
Muro, para que un dia lo descifre
Su sucesór, escribe su epitafio:
«Sacrificóme, débil é inocente,
«El odio inexoràble de un tiráno.
«Yo muero sobre el pólvo: mas, tranquilo.
«El morirá en su lecho: mas temblando."
Ya se aparta, y la bóveda retumba
De sus hierros al són acompasádo.
Su orizonte y su cielo es ese muro
Y ese techo que toca con las manos.
Si alza la vista al sól es por instinto,

Cual la brújula encuentra el boreal astro.
Si un instante la avara clarabóya,
O el sepulcrál reflejo amortiguado
De la lintérna aléve, que protége
Del carceléro atróz los cautos pasos,
Hieren sus turbios ojos, lo deslumbran,
Y adolorídos, tiene que cerrarlos.
Así le halla la muerte apetecida,
La misma Luz, que idolatrába, odiando.
Mas, no sólo cautivos hace el hombre:
Ni llénan las mazmórras sólo esclàvos.
Un deudór insolvente allí suspíra.
De inflexible acreedór el rudo brazo
Sus grillos remachó, traidoramente
Su nombre con descrédito manchando.
¡Y es inocente y llóra, hombres sensibles!
Vuestras sóbras de un dia fueran harto
¡Próceres! á salvarlo, y devolverlo
A su honór y sus hijos adorados.
Dios, que os mira y lo escucha, á ruego suyo
En gloria y bienandanza os diera el págo.
Víctima de mortal melancolía
Ved allí otro infelíz, en quien un rapto
De desesperacion dejó turbada

La mente. ¿ Y quièn le tiene así aherrojado?
¡Es la misma Piedad, que á otros liberta!
Temible, no culpáble, en sus desbarros
Causando males, nó incurriendo en penas,
El público interés mandó encerrarlo.
Mas ¡ay! ¿de qué no abusa la malicia?
¿ Veis ese que á par de él, y al mismo trato
Sujéto, yá colérico enmudéce,
Yá alzando al cielo las abiertas manos
Le pide la justicia, que no espera?
Pues ese es una víctima, no un fátuo:
O, si lo es yá, no lo era el triste dia
En que aquí le encerró su inicuo hermáno.
Con apariencia de piedad cubriendo
La atrocidad de un interés malvado
Le sepultó aqui vívo, y de sus bienes
La prematura herencia arrebatando,
Hizo negociacion del fratricidio!!
Llegad, almas sensibles, y apiadáos.
Dulcificad la suerte de esos séres.
Mánes errantes son, que en estos claustros
Con leves ilusiones alimentan
De un alma sin accion los restos vagos.
Delíren de delirios apacibles,

Nó con iras frenéticas, y en campos
Elisios, nó en infierno, se conviertan
Esos tristes albérgues que les dámos.
Natura compasiva no los guarda
Largo tiempo. ¡Ay, Piedad! guía sus pasos
Ácia el reposo, y las opácas aguas
Del Léthe béban, antes de pasarlo.
En fin, la celestial Misericordia
Hasta al crimen atróz tiende su manto.
Para espiár la rástra de un delito
Con eficáz remordimiento amárgo
A veces solamente necesita
Un fiero malhechor ser perdonado.
¡Qué admirable es el vicio combatido!
La virtud sin contraste no lo es tanto.
Ayudad sus esfuerzos, y renázca
Su perdída inocencia en vuestros brazos.
Esa sentína de Albión, la un tiempo
Yérma *Botánibái*, (1) yá bien poblado
Distríto de la tierra, ejemplo sea.
Lei sábia, de mil crímenes librando

(1) . Bahía-botánica, colonia próspera, poblada exclusivamente por reos de destierro, ingléses, admirablemente regida y morigerada por la sabiduría de su institucion: Véase la nota num. 1.º

La sociedad britána allá conduce
A trabajar la tierra á los malvados,
Que Natura, Piedad y Fuerza unidas
Convierten prontamente en ciudadanos;
Al vil, siervo, sin patria, y rudo, haciendo
Virtuoso, liberál, patricio, y sabio.
Sigan el noble ejemplo las Naciones.
Del calabozo estéril y mál-sano
Sáquen al criminàl á que indemnice
El mál que ocasionó, con su trabajo;
Y aun, si el remordimiento le consume,
La correctiva gracia obtenga en pago.
Mas ¡ay! si su delito y la vindicta
Pública le conducen al cadálso,
Acudid ¡hombres de piedad! y escuche
Palabras de verdad de vuestros labios.
Esperanza y fervór llenen su pecho,
Hasta hacerle aceptable el postrér paso
Que sálve el alma, abandonado el cuerpo.
La celeste Piedad ponga la mano
Sobre el pecho contrito; y que él la sienta.
Oiga que un Dios, muriendo por los mios,
Les dió en herencia su misericordia,
Y es un derecho, y deben reclamárlo.

Sepa que el mundo, que adoró, le arroja;
Y el cielo, que ofendió, le ofréce amparo.
Lógre, sin codiciarla, amar la muerte;
Que es la dicha mayor de los humanos.
La voz de los Ministros le consuele.
Cópas apure de contrito llanto.
Y caiga al fin en la insondable muerte,
Con néctar de esperanzas embriagado.
Sin piedad fuera crímen la Justicia.
Su esencia es caridad, y su conáto
Salvár la mayor suma de ventura.
¿Quién, Hovvárd! á este axioma sacrosanto
Dará mejor apoyo que tu historia? (1)
¿Qué es el Itaco Rey, ni sus diez años
De involuntarios riesgos, y su origen,
A tu nombre y los tuyos comparados?
Tú, con mas noble objeto, y con mas fuerte
Corazón proseguido, al entusiasmo
De Piedad, no al debér, te abandonaste.
Màres ignótos, montes escarpados,
Desiertos de cernidos arenáles,
Bajo la zona estéril, de este vasto

(1) Véase la nota núm. 2.º

Pólo extremo, dó muere la Natura:
Las regiones de Agàr: cuantas el sacro
Embléma de la cruz por estandarte
Tendieron, y triunfantes adoráron:
Dó quiera, en fin, que de afliccion se llora,
Parece Hovvard, á tiempo, y no esperado:
Justo! ¿buscas deleites, ú oro, ó gloria?
Mas ¿cuàndo en las prisiones se encontraron?
Cárceles buscas, càrceles do gímen
Hombres que necesitan de tu ampáro.
Tumbas, en cuyos ángulos el Eco
Jamas hiciera de la risa ensáyo.
Olvidado del mundo y los placéres,
Marcha al són de cadenas, derribando
Gruesas trabadas réjas, que hasta entonces
La vóz ó el sól apénas penetraron.
Por negro caracól interminàble
Que anuncia los abismos yà cercános,
Se sumerge en las sombras, carcomidos
Sonóros huesos con horrór pisando:
Tesóro que la Muerte allí conserva
Hasta el tronár del grito, "Levantàos!"
¿Y qué conduces, bienqueriente Numen?

A veces el perdón, de anuncio fausto;
A veces distraccion en la agonía,
Que abrevia sus momentos dilatados.
Ya alzas los hierros que rompér no puedes.
Ya oyes al infeliz, (que es consolarlo,)
Y su ruego repites, elocuente,
Al graciable si recto magistrado;
Ya à veces restituyes el esposo
De la doliente esposa al dulce abrázo;
El padre al hijo, el hijo á sus amóres.
¡Mortal por la virtud divinizádo!
Los serafines en el àlmo cielo,
Si nó envidiosos, con alegre pasmo:
«¿Quién és el angel nuevo, se preguntan,
«Que enviára el Señór á los humanos,
«Y á cuya vista los siniestros Genios
«Se póstran, maldiciéndole admirados?"
Vuelve: ya es tiempo: ó corazon sublíme!
Vuelve á tu patria; vuelve á tu descanso;
Sé de tí mismo, pues de tódos éres.
Págate lo que á tantos has prestado.
Goza la libertad, que dár supiste.

Dá tu ejemplo y tu gloria al suelo pátrio
Y de cuantos portentos nos revélas
Vén á que en tí admirémos el mas ràro.

NOTAS

AL DISCURSO CUARTO.

NOTA PRIMERA, *pág. 67. verso 19.*

la un tiempo
Yerma Botanibái, ya bien poblado
Distrito de la tierra,"

Bahía-botánica fue así llamada á causa de las muchas plantas medicinales que en ella se encuentran. Descubrióla el célebre navegador Cook, en abril de 1770, y está situada en la costa de la Nueva-Holanda. El clima es sano y templado, y su suelo, de arena húmeda y ligera, bastante poblado de bosques y fértiles praderas. El gobierno inglés designó á Bahía-botánica en 1781 para establecimiento de una colonia que habia de componerse de los delincuentes que, sin merecer la pena de muerte, deben expulsarse de la sociedad. En 1788 llegó á

Bahía-botánica el primer convoi, despues de un viage de 36 semanas. Al principio tuvieron los nuevos colonos muchas dificultades que vencer, ya por la oposicion armada de los indígenos, ya por las escaseces de algunas cosas necesarias.

Todas las relaciones é informes recibidos desde entonces acreditan los felices progresos del establecimiento; y debe decirse en honor de aquellos desdichados, que desde el dja de su llegada á este lugar de espiacion su conducta ha sido infinitamente mejor de lo que podia esperarse. He aquí lo que dice *Jorge Barrington* en sus memorias: "Empecé (dice) á visitar las «diferentes clases de pobladores, y á todos «los hallé mas aplicados al trabajo, mas «respetuosos con sus sobrestantes, de lo «que me habia imaginado. Unos se em-«plean en hacer ladrillos, otros en la fa-«bricacion de habitaciones y almacenes, «otros en desmontar y allanar terrenos, «cortar y acarrear maderas, formar cami-»nos &c. Otra clase está dividida con des-

«tino á los oficios, y son herreros, calde-«reros, panaderos, sastres, jardineros, y «aun enfermeros. Las horas del trabajo «son desde que sale el sol hasta las once «y media que los llaman á comer. A las «dos vuelven al trabajo hasta que se po-«ne el sol; á cuya hora cesa toda faena al «toque de retreta.

«Para estimularlos al mejor cultivo de «sus jardines tienen libre el dia del sába-«do, y se dan premios á los que hacen pro-«ducir mayor cantidad de legumbres y «frutas. Las mugeres limpian todas las ma-«ñanas las habitaciones; reunen y lavan «la ropa, la componen y la devuelven el Do-«mingo. En este dia nadie puede dejar de «asistir al oficio divino, que se celebra á las once, y los sentenciados estan obliga-«dos á presentarse vestidos completamente «de limpio. Debo notar que su compostura, «decencia y aun devocion en el templo sor-«prenden al que considera lo que han si-«do antes aquellos infelices.

«A los cumplidos en la condena del tra-

«bajo reparte tierras el gobierno en esta «proporcion:

«Al hombre soltero. 30 acres.
«Al casado. . . . . 50.
«Para cada hijo. . . . 10.

«Los 18 primeros meses de su eman«cipacion sigue el gobierno asistiéndolos «de vestuario y manutencion, y les dá ade«mas un surtido completo de cuanto «objetos é instrumentos necesita un cul«tivador, con granos para sembrar el pri«mer año. De este modo la mayor parte de «los sentenciados se convierten en pro«pietarios, y suelen dar los mejores ejem«plos de virtudes domésticas. No pocas ve«ces se ha visto á un foragido, condenado «por los tribunales de Londres, ser juez «de paz en Bahía-botànica y administrar «justicia con tal probidad, que podría ser «vir de modelo á los mismos magistrados «que lo sentenciaron."

Finalmente: ha prosperado de tál modo este establecimiento, que se piensa tiempo há en formar otro bajo el mismo plan,

y el gobierno busca una isla á propósito para ello.

NOTA SEGUNDA, *pág.* 69. *verso* 12.

"¿ *Quièn, ¡Hovvard!* &c.

El ilustre inglés *Juan Hovvard* consagró toda su vida al socorro de la humanidad doliente. Habiéndose apercibido de los abusos que se habian introducido en las càrceles de Inglaterra, quiso remediarlos; estudió el régimen que se observaba en las casas de detencion; presentó sus quejas al parlamento, y logró mejorar la suerte de los presos. Este primer triunfo aumentó su celo, é hizo que diese mucha mayor estension á sus filantrópicas miras. Recorrió las cárceles de Holanda, Alemania, Rusia, Suecia, Dinamarca, Francia, Italia, España y Turquía, y puede decirse que no hubo un solo calabozo en que no introdugese á lo menos el socorro de la consolacion. Restituido á su patria publicò el resultado de sus observaciones, y sus proyectos; obra que puede mirarse como uno

de los mas bellos monumentos que se han erigido en honor y gloria de la Humanidad. Sus descripciones de las cárceles de todos los paises, y las observaciones sobre el número de los réos, calidad de los crímenes &c. son curiosas y filosóficas.

Hovvard, que no solo visitó las cárceles sino tambien los hospitales de Europa, murió martir de su propia caridad, asistiendo á un enfermo contagiado, en 1790.

DISCURSO QUINTO.

Id. De los Hospitales, Hospicios, Inclusas &c. De los heridos en campaña. Conclusion.

Volémos, Musa, á los lugáres sácros
Do invóca á la Piedad el alharido
Del Dolor; á esa estancia religiosa
Donde alegre se humilla el hombre pío
Al hombre enfermo, y próvido le ofrece
Los socorros humános y divinos.
La Compasion alzó sus fundamentos
De lustre y solidéz; mas no los hizo
Incorruptibles. ¡Cielos! ¡Cuantas véces
Descuido y avaricia reunidos
Hicieron dellos fétidas cloácas,
O públicos mercados de los vicios!
Como leños al fuego destinados
Allí se apilan muertos sobre vivos.

Allí el convaleciente al moribundo
Con la propia cubierta está ceñido.
De mortíferos hálitos henchida
La atmósfera presenta el parasismo
Por síntoma de un mal, de que ella es
causa.
Allí, sobre el jergón medio vacío,
A veces más que el mál llóra el remedio
El paciente Indefenso. Al Homicilio
Conduce en la visita la Ignorancia.
La sorda indiferencia hace su giro;
Recéta; y al Acaso alarga el orden.
¡Piedad! acude, y cése el sacrificio.
Distingue y clasifíca las dolencias.
A ese Arte, màs que humano, pide auxilio
Que dá segunda véz el ser primero.
El desinfecte el aire corrompido,
Y al compréso pulmón sácie y diláte.
El, al célo y al órden, que sumisos
Le escuchan, dé preceptos, tráce ejémplos,
El, del Aséo, de ese negativo
Tutelár de la Hygiene, el culto imponga.
El de la Muerte frustre los designios,
O, cuando sucumbiere en la batálla,

Lógre á lo ménos el postrér suspiro
Desacerbár con dulce Adormidera.
Véase en fin por él restituïdo
A su hogar el feliz convaleciente:
Y alegre y débil, vacilante y tíbio
Como en segunda infancia, ensáye el paso.
Cánten ¡ó arte sublime! dulces himnos
En tu alabanza Cielo y Tierra: adóren
A la Piedad en este santo asilo
Indigencia y Dolor; y en fín, acláme
El hómbre gráto al hombre compasívo.
Mas ¡Cielos! ¡ó sorpresa! ¿qué siniestro
Genio arrebáta y cámbia los destinos
De mi adorada Patria? Allí aparéce
La Destruccion, del bárbaro Delirio
Del Odio precedida, devorando
Con indistinto ardór muertos y vivos;
Cunas, sepulcros, la Ciudad, la Aldéa,
La humilde y pobre Hermita, el alto y rico
Templo, todo lo arrasa y lo sepulta
Con su gloria y su nombre en el olvido.
Yá desaparecisteis ¡ó sagrados
Refugios del dolór, do un celo pío
Impuso las riquézas expiadoras

Que ante la muerte le donára el vicio!
¿Dó están esas doncellas venerables (1)
Ministros de salud, esos prodigios
De caridad que endulzan la agonía?
Esas jóvenes tiernas cuyos limpios
Corazónes jamás al aire dieron
De otro amór que el del prójimo un suspiro,
Y su salud y juventud consagran
A la vejéz y al padecér ¿dó han ído?
Sus techos arden; yérmos sus salónes
Resuenan devolviendo el eco tibio
Del postrero que espira. Piedad, ¡húye!
Cayó tu altár: hundióse el edificio:
Las fuentes del socórro vió cegadas
El indigente: el indefénso niño
Espiró en los umbrales de la vida: : : :
Mas ¿qué impensádo, qué celéste auxilio
Se ofrece al infelice desterrado?
Salve ¡ó tú Sommerstown! del fiel patricio
Francés (¡hoi yá sin patria!) noble amparo. (2)
Salve ¡ó tú, madre yá del adoptívo

(1) Véase la nota núm. 1.
(2) Véase la nota núm. 2.

Huérfano que te implóra! Tú que escuchas
Bendiciendo tu nombre agradecido
Al fuerte veteráno de la gloria,
Héroe, de nobles héroes pádre é hijo!
Tú, templo dó halla el hombre acongojado
Al que temió severo Dios propicio!...
¿Quién levantó tus ricos fundamentos?
Un pobre humilde, un mísero proscrito! (1)
Carrón fue: cuya vóz sonó en los pechos
Como celeste oráculo, y al grito
De la Indigencia vió turbado al Lujo
Tributarle profusos donativos.
Obra de su virtud es ese témplo,
Y él sólo es su riqueza y su ministro.
El sólo supo hallar hasta en la estrecha
Pobreza algo supérfluo, y la dió arbítrio
Para ser bienhechora, consiguiendo
Ver por mano del pobre al pobre rico.
El bastó sólo á concitar, con dulce
Persuasion, del hermoso y compasivo
Séxo las almas á las rudas obras
De su instituto. ¡O Dios, qué sacrificio

(1) Véase la nota núm. 2.

Recibe déllas la desgracia! Fuertes,
Dóman el ásco, arróstran los peligros,
La llága enjúgan con la mano misma
Que debe coronár de rosa y mirto
Al dichoso Himenéo; fortalécen
Su amór Fé y Esperanza, y el gemido
Del dolor por las Gracias replicádo
Si no lo extingue alivia su martirio.
Pero ¿qué acènto desmayado y flébil
Resuena sordamente en mis oidos?
Ay! ¿Sois vosótros, séres infelices,
Del débil crímen víctimas é hijos?
Ay! Si en púrpura envuelto y sobre el sólio
Mueve á piedad menesteróso el niño,
¿Quién verá sin dolór, precipitados
Por un forzóso y bárbaro sigilo
En manos del Acáso, esos precóces
Hijos de Amór, por el pudór proscritos?
Esos que el néctar maternal no beben;
Ni el insaciable beso derretido
Aspíran; ni jamas lédos sonríen
Al grito penetrante de "¡hijo mio!"
Ni distinguen á un hombre entre otros
hombres;

Ni al amoroso nombre de "hermanito"
Despiertan; ni á la tierna hermana abrazan;
Y á llevar condenados sin delito,
Por padres réos, de su especie el nombre,
Cual la bestia feróz, por apellido,
Su herencia vén gozar á otro inocente
Que, antes de ser, de ser logró el permiso.
Nada es suyo ¡oh mortales! en la tierra
Si no vuestra piedad: ella es su asilo.
Ni arrulladora cuna los espéra;
Ni terso lienzo les prepára abrigo;
Ni una gota de leche prevenida
Les acompaña en el destierro impío.
Acudid ¡Justos! Si Naturaleza
Delinquió, la Piedad venga en su auxilio,
Y remplace á esos padres que algun dia
Derramarán mas llanto que sus hijos.
Nuestros hermanos son, y acaso entre ellos
Prepáran grandes hombres los destínos
De la adorada Patria; ¡ay! no se frustren;
Y pues que os hábla el Pró-comun, oídlo.
El perito cultór os dará ejémplo,
Que el olmo apoyará reciennacido,
Descargará la decadénte encina,

Y al desmedrado arbusto huerfanillo
Que en el egído helado y solo encuentre
Para que crezca como en patrio nido
Llevará á su abrigado semillero.
¡Legisladór prudente! tu benigno
Celo y alto debér próvido supla
Al sofocado maternál cariño,
Y rescáte esos hijos á la patria.
Con las útiles artes, los oficios
De mas seguro lucro, compensadles
El patrimonio, por su mál perdido,
O la dote, que suple á los blasones.
De esta suerte Albión vé sus navíos
Poblados de animósos marinéros;
De agricultóres próvidos y actívos
Sus cámpos; y sus filas de altos héroes;
Así, al dáño acudiendo el beneficio,
El Pró-común aclama de éstos séres
Madre á la patria, padre al hombre rico.
Mas ah! si al fin, bájo éstos santos techos,
Como en su propio templo, hálla el divino
Numen de la Piedad incienso y gloria:
Mayor admiracion, nuevo prodígio,
Nos dá en otro lugàr su culto sánto.

Véd ese campo. El hórrido Extermínio
Riega sus surcos de fratérna sangre.
La Guerra le conduce. Divididos
Ejércitos lo huellan, acerádas
Espésas filas, al sonóro gríto
Del clarín, desplegàndo contrapuestas:::::
¡Y aun aqui la Piedad hará su oficio!
Sí ingrátos: de su ampáro el almo cielo
Ningun menesteroso encuentra indigno.
Márte, el terrible Márte, ante sus áras
Se postra á veces trémulo. Ese mismo
Que á la necesidad de la victória
Da en oblacion sus fuertes escogidos,
Y muerte, y robo, y destruccion, ordena
Como médios de triunfo, en el conflicto
De la lid, tras sus pasos acatáda
Conduce á la Piedad. Enternecido
La encarga de aplacár el irritado
Brázo del Vencedór; y del pagízo
Albergue del pastor ser defensora;
Y del incendio devoráz, y el vicio,
Más devoráz, salvàr el templo santo,
Y sus vírgenes santas; y al ardido
Escuadron que persigue la derróta

Parar tras del turbado fugitívo;
Y anticiparse enérgica al confuso
Canto de la Victoria, en alto grito
Esclamando: "Hombres fieras! escuchádme,
«De Tierra y Cielo mueren maldecidos
«Los hombres de los hombres vencedores,
«Que en el carro triunfál, de sangre tínto,
«Suben, hollando cual ebúrnea grada
«Cadáveres, y miembros semivivos."
La lucha en fin cesó; de los aceros
El chocar; el horrísono estampido
Del cañon; y en silencio duerme el Odio.
Héla allí la deidad, los restos tibios
De los muertos cubriendo de ligera
Tierra, y en tèrso mármol el sencillo
Epitáfio grabando enternecida
Que los recuerde á los futuros siglos.
Al lecho de dolor del trucidado
Guerrero vuela, y bálsamo benigno
O acéro que en sus manos dá la vida,
O vendaje de próvido artificio
E hilas blandas, aplica á las sangrientas
Hondas heridas que han de ser testigos
De su valor, y de altas recompensas

Título un dia. Allà, en un bosque umbrío,
De lauréles y pálmas circundado,
(Recuerdos de gloriosos sacrificios,)
Alza un noble palacio, dó la justa
Pública Gratitud ofrezca asilo
A esos vivientes restos de las lides.
¡Monuménto sublime, no yá hospicio, (1)
Que el Séna admira; albérgue suntüoso
De inválidos francèses! ¡Noble archivo
De los britános restos, que los máres
A Grenvich restituyen! (2) ¿quién os hizo?
La Piedad providente y justiciera.
Mas ¿quién podrá cantár con verso digno
Tus glorias todas, sacrosanto Numen?
Càlle la Lira; y màs acéptos himnos
Diríjate el silencio de tu Váte,
Con obras consolando al afligido.

(1) Vèase la nota núm. 3.
(2) Véase la nota núm. 4.

NOTAS

AL DISCURSO QUINTO.

NOTA PRIMERA, *pág.* 82 *verso* 2.

"*¿Dó estan esas doncellas venerables*" &c.

El célebre instituto de *Hermanas de la Caridad*, (llamadas en Francia *les sœurs grises*,) honor del sexo y del fundador san Vicente de Paul, es la única asociacion religiosa que sobrevivió en parte á la revolucion francesa. (A ella pertenecen las santas hermanas que en 1821 se presentaron voluntariamente en Barcelona á consolar y asistir á los enfermos de la horrorosa epidemia que afligió á aquella ciudad.)

NOTA SEGUNDA, *pág.* 83 *verso* 8.

"*Un hombre humilde, un mísero proscrito.*"

El virtuoso sacerdote Mr. Carron, forzado á retirarse del teatro de la persecucion, en 1792 se refugió á Inglaterra,

y allí formó un admirable establecimiento de educacion para los hijos de los emigrados, con hospicio para los indigentes de ambos sexos, y aun hospital para enfermos é impedidos. Mendígo él mismo, pero sensible y celoso, supo sacar de las escaseces de sus compatricios y de la liberalidad inglesa los recursos necesarios para crear y perpetuar estos prodigios de la caridad cristiana, que admiran todos los viajeros, y confunden á los observadores mas incrédulos.

NOTA TERCERA, *pág.* 89 *verso* 7.

"*Monumento sublíme, no ya hospicio* &c."

El palacio de los inválidos, en Paris, construido por orden de Luis XIV.

NOTA CUARTA, *pág.* 89 *verso* 11.

"*A Grenvich restituyen*, &c."

Edificio magnífico sobre las orillas del Támesis, construido de orden de la Reina Ana para alojamiento perpetuo de los marinos de todos grados y clases inutilizados

por cualquiera causa en el servicio. La Policía, la Beneficencia y la Filosofía han apurado todos sus recursos para dár, como han dado, à este establecimiento tal grado de perfeccion, que lo constituye sin competencia el primero de su clase en el mundo conocido.

ADVERTENCIA.

Las siguientes reflexiones sobre algunos principios del arte poético, dirigidas á confirmar ciertas ideas poco generalizadas, que acerca de ellos insinuamos en el prólogo de la Enriada, *no verian la luz pública, si la experiencia no nos hubiera convencido de que, la general aprobacion que ha logrado este libro, se debe más á su versificacion castellana arreglada exclusivamente á aquellas ideas, que no á la novedad y mérito raro del original, puesto que éste era ya conocido del público por otras dos diferentes traducciones, evidentemente mas literales que la*

nuestra, y que ha desatendido sin embargo.

Asi, nos hemos persuadido de que este breve opúsculo puede ser útil á la juventud estudiosa, á su entrada en la carrera de las bellas letras; y nos atrevemos á dedicárselo.

REFLEXIONES

sobre algunos puntos de crítica poética contenidos en un artículo del Censor número 82, página 292.

"*No hemos debido omitir nuestras re-*
»*flexiones, porque pueden servir pa-*
»*ra aclarar este punto de literatura*
»*poética.*" Censor número 82, página 292.

El ilustrado y benévolo autor del artículo sobre que vamos á escribir, y del cual hemos tomado el epígrafe de estas reflexiones, nos favoreció en él con tales elogios, que la sola gratitud que por ellos le debemos bastaría para atarnos las manos, si pudiéramos querer impugnar las doctrinas

generales expuestas por él en aquel erudíto artículo; pero justamente la misma conformidad que reconocemos entre nuestros principios y los suyos, y la identidad de nuestro comun interés, que no es otro que ilustrar, segun el alcance respectivo de nuestros esfuerzos, la teoría del arte poético en puntos todavía problemáticos, ó quizá de ningun modo tratados hasta ahora, nos dá el aliento necesario para ponernos en frente de nuestro docto crítico, nó á contradecirlo, sino á ofrecer de nuevo á su exámen y mas detenida decision nuestro modo de pensar sobre algunos de los puntos tratados con tanta maestría en dicho artículo.

Distínguense dos clases de reparos en él; la primera consiste en ciertas frases que el autor destierra de la poesía, calificándolas de prosaicas; la segunda en la inoportunidad ó sea *indignidad* que se atribuye al romance endecasílabo con asonante para la epopeya, y la impugnacion que se hace de algunas ideas de nuestro prólogo de la Enriada. Y este será el mismo orden por el cual discurrirémos en las dos partes sucesivas de estas reflexiones.

§ I.

Nota el autor del artículo escasez suma de *grandes periodos poéticos y falta absoluta de grandilocuencia* en nuestra traduccion de la Enriada; bien que atribuyendo uno y otro á defecto del original. No hablarémos de éste, porque lo consideramos en todo lo concerniente á lenguage como de tan distinta naturaleza respecto á nuestra traduccion, que no sufren ser comparadas entre sí. Pero hablaremos de ésta, porque siendo nuestra opinion que en ella abundan notablemente los *grandes periodos poéticos* y la llamada *grandilocuencia*, es claro que comprendemos de diferente manera que nuestro crítico la esencia y estension de estas dos ideas, y es precíso que uno de los dos esté sobre ésto equivocado.

Como la negacion supone definicion, el

autor del artículo no tuvo para qué decirnos, ni nos dijo, que cosa reconocia por *gran periodo poético*, ni por esa *magnilocuencia*, *que* (segun añade) *admira en nuestros buenos poètas*. A nosotros pues nos toca dar *definiciones y ejemplos* de lo que entendemos bajo esos dos nombres.

Y decimos: primeramente, que el *gran periodo poètico* es á nuestro entender una cláusula en verso, de considerable duracion, y en la cual se contenga una idea importante, expresada con voces nobles y claras, de vária extension, sonidos y acentos, distribuida en frases, tambien diversas entre sí en tamaño, y terminadas *precisamente* por la que encierra la parte mas interesante, ó el complemento de dicha idea.

Para confirmar nuestra definicion (y si ella es exacta dejar probada la equivocacion que pudo padecer nuestro respetable crítico,) no debemos sacar los ejemplos de otro idioma que el español, ni de otro libro que la Enriada. El siguiente trozo presenta tantos, que bastará á satisfacer á

los lectores que no quieran registrar todo el poema, donde les aseg ramos que no hallarán una sola página sin algun ejemplo notable de este género.

«Allá en la Eternidad inconcebible,
«Antes de dar al tiempo su principio,
«Entre un pielago de áureos resplandores
«Que llenan el Espacio indefinido,
«Fijó el Señor su indestructible tróno.
«El cielo es su tapéte. El infinito
«Ejército de estrellas que lo esmaltan
«Celebran el podér de quien las hizo.
«Omnipotencia, Amór y Entendimiento,
«Constituyen su Sér, Unico y Trino.
«Sus santos, en su paz imperturbable,
«En deleite inmortál embebecidos,
«Saciados de su gracia y de su gloria,
«Le dirigen de amór émulos hímnos.
«Millones de impalpables serafines
«Revuelan á sus pies, fieles ministros
«De la suerte al mortal predestinada;
«A cuya voz tonante ven los siglos
«Borrarse las Naciones, y las razas

«De sus Reyes sumirse en el olvido,
«Tal vez ¡qué errór! tachando de sevéros
«De su libre Hacedor los altos juicios.
«Estos són los que, hollada la soberbia
«Romana, consignaron el dominio
«De la apacible Italia á las feroces
«Hórdas septentrionales; los Elisios
«Campos del Léte, y Bétis, y Ebro, y Duero,
«Al Agaréno estúpido y cetrino;
«Y la altiva Bizáncio al otománo.
«¡Qué ejémplos ¡oh dolor! tan instructivos!
«¿Qué imperio no redújo el tiempo à escombros?
«¿Qué pueblo sus tiranos no ha tenido?&c."

Si estos no son *grandes periodos poéticos* (propios de la epopéya, no de la oda) confesamos sinceramente nuestra completa ignorancia en este punto; y si en cada página del poema no se encuentran otros muchos, de varios tonos y grados de sublimidad, proporcionada á la materia, convenimos de buena fé en la justicia de la crítica.

La *magnilocuencia*, que como cualidad del estilo es esencial á la poesía, aunque sólo eventualmente conveniente á la prosa, se vé claramente que es la *materia sensible* del periodo poético, es decir, del ritmo ú *movimiento melódico* del *habla* y de la sonoridad que puede llamarse *armónica* por la rápida succesion de varios sónes que se hacen percibir por el oido casi simultaneámente en cada palabra. Los Griegos, aun en la música, entendian por armonía la *succesion melódica* de los sones tetracórdicos, y nó como los modernos la *simultaneidad*. La razon y la exactitud de ésta idea se percibe clarísimamente haciendo una simple reflexion, y es ésta: ¡cuán distinta, ó á lo menos cuánto mas vehemente impresion, causa en nuestro oido la succesion velocísimamente pronunciada de una série de entonaciones sábiamente dispuesta, que nó la prolongada duracion de cada uno de los mismos sones, articulados ora por el canto, ora por el tañido de algun instrumento! Es ésto tan evidente, que de

ello ha nacido el uso, y aun abuso, de lo llamado por los italianos *bravura* y por nosotros *ejecucion brillante*, con que los músicos procuran y logran agradar mas vivamente á su auditorio. Pues: la causa de este aumento de placer no dudamos nosotros afirmar que se descubre en la *aproximacion* á la *simultaneidad* que dà la rapidez á la sucesion de los sonidos, los cuales conmueven mas agradablemente al oido por la *nó-int rrupcion* perceptible; del mismo modo que el agua deleita mas al sediento paladar bebida de una vez que no à sorbos. Pero, como todo lo violento dura poco, cuidan los músicos de no fatigar al oyente; y deben los poetas hacer lo mismo. De aquí la imperiosa necesidad de compartir las obras largas en fracciones cortas, y de intercalar estas mismas fracciones con trozos *menos eficdces* que dejen reposar la sensibilidad del lector, para recibir despues con anhelo y con perfecta actividad de percepcion los lugares fuertes de la composicion. El lector que puede leer de una vez mas de

veinte páginas de un buen poema, ciertamente no ha saboreado sus bellezas; en una palabra: no lo ha entendido.

Asi, diremos sin vacilar que donde hay *periodo poético* hay necesariamente *grandilocuencia*; por que nada existe sin su materia propia.

Recordarémos aquí, aunque á alguno pueda parecér inútil, que el *periodo poètico* en la Lirica es bastante diferente del de la Epopéya, para que no fuera ridículo el que comparase á Homero con Píndaro, ú Horacio con Virgilio. En esto insistiremos en la 2.ª parte con ocasion de hablar del metro castellano mas propio para una *obra larga, grave, narrativa, escénica y variada*, como llamamos á la epopéya en el prologo de la Enriada. Entretanto diremos que el *os magna sonaturum*, que nuestro crítico echa de menos en la Enriada, no es otra cosa que la *grandilocuencia*, que como hemos visto existe siempre donde hay *periodo poètico*.

No hubiéramos dicho esto si no temie-

ramos que el trozo de nuestra traduccion que dejamos citado pudiese quizá parecer prosaico á algun lector de los que se hallen preocupados de la vaga inteligencia que algunos de nuestros modernos han dado al *os magna sonaturum,* creyendo practicarlo con la *explosion y succesion de los róncos rimbombos del són, como expresion del ore rotundo* (1) de Horacio, ú imitacion del *gemitumque dedere cavernæ* de Virgilio.

Réstanos citar algunos ejemplos de *grandilocuencia* de la Enriada, (donde creemos que abundan), y vamos á hacerlo sin escoger entre los mas notables.

Con cuánto menos arte el desgraciado
Mortàl buscaba y daba en otro tiempo
La muerte en los combates, cuando al brazo
Mas airádo bastaba un simple acéro!
Y ¡cuánto más feróces son sus hijos!
Con industria infernal róban al cielo
El ígneo ráyo que en los aires silva,

(1) Obsèrvese que Horacio habla aquí de los Griegos y por consiguiente de su lengua.

Parábola encendida recorriendo
De la trinchéra al muro, en férreos glóbos
De muerte henchidos, de fragór é incendio.
En ellos, encerrada y comprimida
La elástica espansiva accion del fuego
Que al salitre devóra de aire hambrienta,
Rotándo vuelan la prision y el préso,
Y al dar en tierra, en explosion tonánte,
Miles de muertes lánzan de su séno.
. . . . . .
. . . . . .
Con soterrána excavacion colócan
Tácito el mixto aleve bájo el térso
Engañoso camino, en que se apoya
La plánta del impávido guerréro,
Fiádo en su valòr, ¡insuficiente!
A sus pies rúge de repente el trueno;
Y, antes de oirlo, léjos yà en los aires,
Rueda entre escómbros, y ármas, y húmo envuelto.
. . . . . .
. . . . . .

Más velóz que el relámpago la Diosa (1)
Hiende ufana del aire el gólfo inménso.
El sóplo que despiden sus entrañas
Marchita cuanto tóca. Inmundo y séco,
Del árbol se desploma el nuevo fruto.
La desgreñada mies tapíza el suelo.
Se enlobreguéce el Eter. Amarillos
E inmóviles se osténtan los lucéros,
Grúpos de négras núbes rójo el ràyo
Rómpe, el profundo valle estremeciendo,
Tódo paréce en fín que al hombre dice:
»Llegó la destruccion del Universo."
. . . . . .
. . . . . .
Esséx contra Daumal pugna en la brecha:
De igual edad entrambos, de igual celo
Dotádos, cuales vieran yá los muros
De Troya sus antiguos semidéos.
Fiel á honór y amistad, bañada en sangre,
Los circunda la flor de sus guerréros.
Avánzan, mátan, mueren confundidos

(1) Discordia.

El Gálo, el Álbio, el Ibero, el Loréno.
¡Nùmen, que riges sus horréndas iras!
¡Ministro de exterminio! ¡Angel siniestro!
¿A quien protéges? ¿Contra quien combátes?
¿Qué ordéna la justicia de los cielos?
Hárto tiempo, agresóres y asaltádos
Bréve y alternamente, sucumbieron
Mayén y Enríque, con sus fuertes bandos.
Mas, vence en fin lo justo. Enríque el bueno
Arrólla yá las háces enemigas,
Como á menudo polvo arrólla el viento.
Cáer se ven del muro, desplomádas
Ante él, cual desde el alto Pirinéo
Torrénte bája hasta el profundo valle,
Ahuyentando las Ninfas, sorprendiendo
Rebaño y mayorál, arrebatàndo
Débiles chózas, róbles corpulentos,
Que al lado ruedan de ínclitos peñones
En su corriente estrepitosa envueltos."

Lo repetimos: si no hay grandilocuencia en estos versos, nuestro crítico tiene

razon. Pero ¿se nos habrá querido decir acaso, que la *grandilocuencia* está en la emision sonante ó audible de las ideas, y nó en las ideas mismas, independientemente de los medios, yá sonoros yá gráficos, de comunicarlas? Parécenos imposible. A lo menos: si cabe grandilocuencia en la emision de ideas absurdas, inordenadas, é insuficientes á persuadir ó conmover el ánimo del oyente, confesamos haberlo ignorado hasta ahora. Pues: decir por lo contrario que cabe expresar ideas altas é importantes con bajas y triviales voces, tambien nos parece erroneo. Porque, no existiendo *sinonímia* en la ideológia, es claro que tampoco existe en la locucion, que es su exacta imagen, ó, por mejor decir, su cuerpo mismo. Cada idea, cada accion tiene su eco y su signo gráfico en las lenguas, distinto é inequivocable. ¿Habria grandilocuencia en decir, por egemplo:

»Relanza el grato són del llóro eterno

El hósco Olimpo al encumbrado Averno"

¿Aquí habria màs que un hermoso ritmo, no solamente sin *grandilocuencia*, sino absolutamente mudo, como el son de un instrumento, ó como el de una lengua del todo extrangera para el lector? La observacion de esta útil regla es la que hace disertos, perspicuos, y por tanto útiles, á los grandes maestros del bien hablar en prosa ó verso. La sonoridad es un mero estrépito, sin palabras propias, ideas bellas ó importantes, y órden perfecto. En esto, y no en otra cosa alguna, se diferencia la versificacion de los poetas de la de los versistas. Hacer mil versos cadenciosos pero insignificantes es tan facil y tan dísparatado como baquetear sonsonetes en un tambór, y figurarse estár sinfónicamente modulando en el magnífico órgano de la catedral de Sevilla. Nombramos á Sevilla, no solo por que somos y nos gloriamos de ser Andaluces, sino porque el nombre de la capital de la Bética es y será

yà para siempre el mas glorioso en los fastos de la Poesia Castellana; y para recordar á nuestro dócto crítico que tenemos en mucho á los grandes poetas nuestros paisanos, á quienes no hemos pensado agraviar, ni hemos excluido, al citar á los Argensolas, Garcilaso y Lope, como dechados de locucion poética; punto sobre el cual discurriremos mas adelante. Entretanto y siempre, para ser escritores ùtiles, seamos justos hasta contra nuestros mismos amigos cuando no podemos callar. Respóndasenos sínceramente: ¿qué valen en el siglo de la razon y del analisis estos y otros versos importunamente célebres de Frai Luis de Leon?

» de aquestos *resplandores* eternales, (1)
» sus pasos *desiguales*

(1) *Aqui* resplandores *son los astros mismos, y nó la reflexion de la luz en ellos; idea derivada, y no directa, como deben ser todas las de las imágenes.*

» y en *proporcion concorde* tan *iguales*. (1)
. . . . . »el reluciente *córo* (2)
» su luz vá repartiendo y su *tesóro*. (3)
. . . . . : . "comparado

(1) Proporcion concórde, *ó no significa nada ó es un pleonasmo. Ademas* cion concór *es una cacofonía insufrible. El adjetivo propio seria hoy, como en tiempo de Leon*, constante, *y mejor* perenne. *Ultimamente, usar como rima el positivo y el negativo* iguales *y* desiguales, *es un desaliño indisculpable, sobre todo en la oda; y ademas sabe á antitesis ridícula.*

(2) Reluciente coro, *por el firmamento, es una figura extravagante, por la inconexion del adjetivo con el sustantivo; amén de lo cual es tambien obscura, porque solamente despues de meditar que la propiedad del coro es cantár, llegamos á comprender que el poeta quiso recordar aqui el sublime* Coeli enarrant.

(3) *En cuanto al* tesóro *del* córo *no podriamos decir nada sin hacer reir; y es mejor que no enseñemos á reir de nuestros mayores; particularmente de èste, á quien deben de juzgar muchos españoles*, riquisimo, fecundisimo, *y sobre todo* sencillo en su mismo artificio, *como lo juzga nuestro crítico.*

» con este gran *trasunto* (1)
» do *vive mejorado* (2)
» lo que és, &c.
. . . . . »á la bandera
» que al *aire desplegada vá ligera* (3)
. . . . . » la voz *al cielo*

(1) Trasunto, *significa rectamente* copia ó traslado; *en metáfora*, imagen ó semejanza. *Hàblase aqui otra vez del firmamento ú cielo visible, y solamente al cabo de alguna meditacion entenderemos que este* trasunto *es el trasunto del* seno de la sabiduria del Criador; *pero ni con meditacion ni sin ella comprenderemos jamás que en èl. . .*
(2) vive mejorado lo que és. *Acaso lo entendiéramos si dijera* archivado; *pero para esto hubiera habido que construir de otro modo el verso, á causa de la diferencia de sílabas, y nuestros antiguos se detenian muy poco en la propiedad y menos en la perspicuidad, sin cuyas prendas no hay buena Poesia.*

(3) *Ir* la bandera al aire ligera *es expresion vaga. Véase la misma idea en Lupercio Argensóla*

»tienda
»La roja Cruz el viento en la bandera."

lo cual no olvidamos nosotros en la Enriada,

» confusa y vária *créce.* (1)
» Quíen oyó *tu dulzura*

al decir que Enrique sube el primero al asalto de Paris

»y el primero enarbóla sobre el muro
»el pendón de la Lis, que extiende el viento.

Tales desaliños, ó siquier licencias, son imperdonables en una obra larga; risibles en las cortas.

(1) Al cielo crece la voz, *es impropio. La voz puede elevarse* hasta *el cielo, ó dirigirse* al *cielo, lanzada y desprendida del suelo, pero no crecer* al *cielo; porque esto no es ni gramatical en español, ni verdadero, puesto que crecer desde la tierra hasta el cielo envuelve la idea de un apoyo necesario y permanente; idea absolutamente absurda hablando de la voz ú* sonido, *lo cual no es otra cosa que una série de vibraciones del aire rapidísimamente succesivas y distintas, incompatibles con la continuidad. El que crea que esta crítica es alambicada y pedantesca debe renunciar á la Poesia; porque sin* correccion *y* perspicuidad *todo esfuerzo es inútil para ser poeta. ¿Qué diríamos hoy del que hablando de un sitio de plaza pusiera que el mortero del sitiador, apuntado de abajo arriba, dispara y*

»á la explosion el muro se estremece;
»la bomba al cielo créce."!!!

» ¿qué no tendrá por *sórdo y desventura*? (1)

(1) *Oir* dulzuras, *es lo mismo que* tragar *sonidos. Esta no es prudente audacia; es negligencia, ó acaso excesiva presuncion de autoridad.* „*Quien oyó tu* dulzura *¿qué no tendrá por* sordo *y* desventura?" *La voz* sordo *se usa aqui por* confusamente estrepitoso: *significacion que no tiene jamas este adjetivo, por sì solo, sin el sustantivo* ruido, *ú otro de igual naturaleza. Se dirá que el poeta lo sustantivó, empleandolo como* sordéz *(nó sordéra)* ó negacion *de* sonoridad; *en una palabra:* silencio. *¿Y que contraposicion hay entre el* dulce sonido *y el* silencio? *Lo que convenia aquí era* »*¿qué no tendrá por* disono, ó discordante ó áspero &c. &c. *Màs confusa é inadecuada es todavia la palabra* desventura *contrapuesta à* dulzura: *al notar esto nos ocurre que tal palabra es imposible que se hubiera usado aquí si sus últimas letras fueran otras, es decir, sin la fuerza del consonante. Concluyamos: estos y semejantes versos no son dignos de elogio en el siglo* 19. *Los Melendez, Quintanas, Moratines, Listas, Burgos* &c. *no los hubieran hecho. ¿Y deben celebrarlos? ¿No han visto, como nosotros, estos elegantes y correctos Poetas á muchos jóvenes imitar de propósito estos desaciertos? Pues ¿porqué no desengañarlos?*

Desafiamos al lector despreocupado á que no nos dice que la primera véz que leyó estos ú otros versos semejantes recibió una idea clara por medio de cada palabra, y no tuvo que explicarse á sí mismo las intenciones del poeta. Pues decir que nuestra doctrina tiene *tendencia nada menos que á convertir la poesia en prosa rimada*, como lo piensa nuestro critico, es, á nuestro juicio, conceder que la grandilocuencia poetica consiste en la confusion y preñez de la frase, y que con ella sea posible penetrar y arrebatar el espíritu del lector: contraprincipio igual al del que enseñára que Venus en Ida hubiera parecido mas bella con máscara y dominó que desnuda. Decimos pues, que donde el asunto es grande, el hablista puede y debe ser magnilocuo; en todo lo demas, (como también en ésto) correcto, conciso, harmonioso, fluido, y sobre todo perspi-

cuo: en suma, que el tono y la modulacion poética es, y no puede dejar de ser, absoluta y exclusivamente dependiente de las ideas. Es menester que nos desengañémos y que corrijamos á la juventud preocupada: el tiempo ha llegado en que la razon, la simple elegancia, la fácil inteligencia, sean las prendas principales de un escrito, ora en prosa, ora en verso. En nuestro citado prólogo dijimos en qué se diferencia únicamente lo uno de lo otro. Pensar que para leer y apreciar á un Poeta sea justo y necesario recorrer lexicones viejos, haber malgastado un tiempo precioso en aprender á convertir en buena sintaxis las incorrecciones, obscuridades, alusiones, sentidos forzados por la rima, y otras ridiculeces; pensar esto, decimos, es desterrar la poesía á los gabinetes de cuatro entusiastas, y querer que los pueblos y los verdaderos sabios la miren como un juguete, ó como un guirigai indigno de la Razon y de la Doctrina. Imitémos á los poetas del siglo 16; pero en

qué? en no imitarlos á ellos en lo que ellos mismos no imitaron tampoco á sus antecesores Bercéo, Juan de Mena &c. &c.; esto es: en el desaliño, la licencia, la incorreccion, el mal gusto, y cuanto ya se compadecia mal con la cultura y luces de su época. Y esta época pasó ya como todas. Quererla perpetuar en la poesía es un desacierto y un imposible. Pasarán de ella, como de la nuestra, á toda la posteridad los principios inalterables y los ejemplos *ideales*; pero la construccion, y las voces, y las frases, padecerán alteracion, desuso y olvido, como todo lo inútil, á medida que se vayan remplazando por otras mejores ó mas aceptas al gusto y adecuadas á las ideas de cada tiempo. Horacio dió modelo y reglas. Siempre perspicuo en la construccion y en los vocablos, lo dijo todo en dos sentencias. 1.ª Que el que sabe lo que dice, lo dice bien, porque lo ha juzgado bien. 2.ª Que para conmover es menester estar conmovido. ¿Y como se dirá bien lo que no se diga clara y percep-

tiblemente? ¿Y como tendrá tiempo de buscar y elegir espresion el que está agitado por una idéa que no tiene otro ser trasmisible que la palabra con que la reconoce su espíritu? Nuestro crítico lo ha dicho sábiamente: »en el calor de la com»posicion ningun pensamiento ocurre ais»lado; sino revestido de todos los presti»gios que lo constituyen poético." Pero ¿cómo podrá el poeta conmovido emitir otra espresion que la que la idea le presenta por que es su cuerpo mismo? Se nos ha dicho que de esta doctrina resulta (contra el consejo de todos los maestros) que el poeta no debe corregir, puesto que no ha podido dejar de atinar con la espresion propia. A esto respondemos, que así es. Porque el poeta lo que hace cuando se dice que corrige es inventar de nuevo: esto es, decir otra cosa en lugar de lo que habia dicho, mal conducido por su entusiasmo y como á cierra ojos; pero en manera alguna decir *lo mismo que habia dicho*, con otras palabras, por que esto es

imposible. Enmienda, sí, la construccion gramatical, y la trastorna hasta encontrar el órden mas adecuado, lógico y sonóro; pero cuando no halla uno que le satisfaga, muda la idea y compone de nuevo. Inventa, pues, como poeta: corrige como retórico y versificador. El que no haya hecho una larga costumbre forzada de usar las voces *gaya*, *riente*, *albura*, ¿verá de pronto representadas por ellas en su imaginacion las ideas de *alegre*, *risueña*, *candidez* ó *blancura*? Respóndasenos de buena fé. Ahora: si lo que se quiere es que no puedan leer á los poetas mas que los que hayan estudiado esa Germanía llamada de algun tiempo á esta parte entre nosotros locucion poetica, nada tenemos que negar á sus partidarios mas que nuestra atencion, como lo hace el público. Pero ¿porqué malograr tales talentos, y tanta útil doctrina como podian esparcir en la sociedad culta que es el vehiculo de la ilustracion popular y de la moral pública?

Se nos reprende que, por consecuen-

cia de nuestra doctrina, hemos admitido en la poesía giros y expresiones prosàicas. No comprendemos la fuerza de este reparo, porque ignoramos qué son espresiones prosàicas sino las que no tienen *ritmo*, *decencia* y *propiedad conspicua*, á las cuales llamamos nosotros familiares, y aun baladíes á veces, si no caben en la honesta aunque humilde prosa. Se nos cita para ejemplo, el "mejor dicho" del siguiente verso

"Mejor dicho: Valois ya no reinaba."

y nosotros, que lo escogimos detenidamente, estamos hoy todavía persuadidos de que no erramos en ello. El autor usó aqui del adverbio de ampliacion correctiva *ou plutôt*, y ese mismo hemos empleado. Si nuestra expresion es correspondiente, y ademas insustituible, no hay que dudar que es de necesidad poética, pues que la poesía no puede excluir idea alguna conveniente, ni por consecuencia su frase peculiar incambiable.

En confirmacion de ésto llamaremos la atencion de nuestro crítico sobre una cosa que acaso él mismo no reparó al escribirla, y es: que todos los demas ejemplos que cita son de la misma naturaleza; esto es: *adverbios. De un todo. En suma. De pronto. ¡Què de* &c. Todas estas son frases adverbiales de tiempo y accion, las cuales siendo por su naturaleza correctivas y modificadoras del verbo, pertenecen de necesidad á todos los tonos y estilos, á diferencia de los mismos verbos y de los sustantivos y adjetivos, que, siendo los tipos ó imágenes audibles de las cosas y de las acciones, son *de por sí* invariables cantidades, á quienes solamente el adverbio puede sustraer ó aumentar parte del valor. El adverbio es pues esencia del verbo, y solo puede tener la *bondad* ó la *indignidad* de éste, y nada por sí mismo. ¡Hasta qué estremo se quiere reducir la lengua de la Poesía! Gracias á Apolo, no conocemos ningun buen poeta que haya sancionado con la práctica tan atroces prohibiciones.

Volvemos á decir que no confundímos la óda con la epopeya: á la una suele sobrarle con un reducido número de frases y giros; á la otra no le basta una lengua entera. Hácese una joya con pocos diamantes; el Vaticano ú el Escorial no se hacen ni con diamantes, ni con pocos. Otras materias, otras cantidades, otras formas, piden otros instrumentos y otros medios. Pero no confundamos lo diferente.

Infierese de lo que acabamos de decir: 1° que todas las frases adverbiales, genuinas y *honestas*, son necesarias en la poesia, y por tanto lícitas, sobre todo en las obras largas, en que la frecuencia exige variedad; y 2.° que si en efecto hay eso que exclusivamente se quiere llamar diccion poética, habrá de consistir precisamente solo en los nombres y verbos, entre los cuales conocemos en efecto muchos que no caen ya bien en la prosa por desusados en ella; (que es lo que, segun parece, los constituye digna y exclusivamente poéti-

cos.) Pero no conocemos uno solo dignos de la culta prosa que (siendo fluidamente rítmico) no lo sea de la verdadera buena poesia. Quisieramos que se nos citára un adjetivo, sustantivo, ú verbo, en alguno de nuestros buenos prosistas, que no podamos nosotros hallarlo en alguno de los buenos poetas sus contemporaneos. Este hecho nos parece que probaría mas que la mejor controversia. Finalmente, resulta tambien de lo dicho, que solo al corregir y escuchar nuestras ideas, (complicadas con los erróneos ejemplos introducidos por la moda) es cuando damos en esas estravagantes sustitucíones de palabras, ya por parecer mas estudiosos y esmerados, yá por conformar mejor el ritmo de un verso, ú por otras razones aun mas frívolas ó vergonzosas. Nos atrevemos á vaticinar que, si los ruidos políticos no detienen los progresos de la ilustracion y del buen gusto en la literatura, antes de 20 años no habrá en España quien celebre ciertos versos que ahora embelesan á ciertos lectores.

Con todo: debe pararnos la atencion oir decir á nuestro respetable adversario que «el que leyendo sucesivamente á Virgilio y Ciceron, á Homero y Tucídides, á Leon y Mariana, à Maquiavelo y Taso, á Pope y Hume, no observase la diferencia, no ya de los dos estilos, sino tambien de las dos dicciones (*prosdica* y *poètica*) no comprenderá nunca la doctrina" del autor. Y mas adelante: "Entre los poetas que hemos nombrado (*Leon, Jáuregui, Arguijo, Rioja, Góngora, y Herrera*) hay por lo menos seis escuelas muy diferentes en cuanto á la elocucion." Y despues: "Los Argensolas pertenecen á su escuela" (*de Frai Luis de Leon.*)

Permítasenos hacer alguna breve observacion sobre estos tres puntos.

1.° El autor sabe, sin duda harto mejor que nosotros, si es dable, (como lo creemos) ó si no lo és, el confundir la elocucion de Tucídides en algunos lugares con la de Homero en otros, despojando á éstos del ritmo y de las licencias. Pero en cuanto á los latinos, á los italianos, à los ingleses y á los españoles, podemos asegurar y probar que es posible y constante.

¿Podrá desconocerse la elocucion de Frai Luis de Granada en el siguiente párrafo? ¿Podrá decirse que le falta otra cosa que el *ritmo poético* y la rima para ser excelente poesia española? "¡Ay! levánta «los ojos á aquella esféra eterna y celestial «y burlarás los anhelos de ésta lisonjera «vida, con todo lo que ella teme y aguar«da. ¿Quién es el que mira ésto, y precia «la bajeza del suelo, y no suspira, y no gi«me, ni quebranta la carcel del alma, y así «la aleja de estos bienes?" Pues; y si introducimos en esta prosa el ritmo poético y rima que le faltan ¿dejará de ser bella poesía? Veamos.

«¡Ay! levantad los ojos
«A aquella celestial eterna esféra,
«Burlareis los antojos
«De aquesta lisonjera
«Vida, con cuanto teme y cuanto espéra.

«¿ Quién es el que esto mira,
«Y precia la bajeza de la tierra,
«Y no gime y suspira,
«Y rompe lo que encierra
«El alma, y de estos bienes la destierra?"

Fr. Luis de Leon. *Noche serena.*

Baste éste ejemplo, y perdonesenos todavía que observemos como descuidos 1.º El no decir, *ni rompe*, para la perfecta inteligencia. 2.º Llamar al cuerpo *lo que encierra el alma*. 3.º La destierra de *estos bienes* : expresion vaga, y figura sin aliño.

En cuanto á lo segundo nos confesamos humildemente á nuestro adversario por ignorantes de lo que son *seis*, ni aun dos *escuelas distintas* de elocucion. Creemos nosotros que la elocucion, como parte mecánica ó signo material de las ideas, participa de la *unidad*, *indivisibilidad*, é *inalterabilidad* de sus typos ú esencia, que son las ideas mismas. Si ésto no es así resultará que ademas de la tal lengua poética aumentada á la general de cada nacion, ha-

bráotras tantas más, cuantos poetas haya, y à fe que entonces no serán en menor número que ahora, debiendo multiplicarlos esta libertad y esta division de la propiedad. Como quiera que sea, repetiremos seriamente que no hemos acertado á percibir en los seis poetas citados otra diferencia que la del genio y el estilo de cada uno, sin distinguirlos en la elocucion *sobre asuntos iguales*, ó de un mismo género.

Por último, y á causa de ésto mismo no podemos conocer, ni por tanto confesar, que los Argensolas fuesen de la *escuela* de Leon. Lo que vemos evidentemente es que nada tomáron de ella. La fluidez y la perspicuidad de los versos de éstos dos ilustres hermanos los hacen tan *diferentes* y tan *superiores*, en calidad de *hablistas*, á su célebre *maestro*, que cási son como quien dice incomparables á él. ¿Qué conexion ú afinidad puede descubrirse entre los versos de Leon, y estos de Lupercio.

. . . . . .

"¿ Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia
Como de un alma pura la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedór desnudo?"

. . . . . .

"Alivia sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espígas
Del agosto abrasado,
Y en los lagáres ricos del octubre;
La hóz se le descubre
Cuando el arádo apaña;
Y con dulces memorias le acompaña.

"Carga de hierro duro
Sus miembros y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ócio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, naturál y amiga tierra;
Más cuando se destierra,
O al asalto acomete
Mil triunfos y mil glorias se promete.

"La vida al mar confía

Y à dos tablas delgadas
El otro que del oro está sediento,
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina;
Y en el oro le pone y en la mina."

No hablemos de Bartolomé, porque es aun mayor la disparidad; pero oigamos de paso estos versos verdaderamente robustos claros y numerosos de Lope, y convendremos necesariamente en que éste es el tono esencial de la poesía útil, que es la única buena. Y compárese si se quiere con lo mejor de Leon; se verá la ventaja de parte de la elocucion perspicua de Lope.

«Pero felicidad tan soberana
«Poco duró, por la soberbia humana.

. . . . . .

«Y haciendo ya ciudades,
«Y fábricas de inmensos edificios,
«Con armas en los altos frontispicios,

«Comenzaron con bárbaras crueldades,
«Interéses, envidias, injusticias,
«Los adulterios, lógros, y codicias,
«Los robos, homicidios y desgracias;
«Y no contentos yá de Aristocracias,
«Emprendieron llegár á Monarquías.
«La Púrpura engendró las tiranías!
«Nació la guerra en manos de la muerte.
«Los campos dividieron fuerza ó suerte.
«Dispuso la Traicion el blanco acero
«Para verter su propia sangre humana.
«Y fue la Envidia el agresor primero;
«Y procedió la Ingratitud villana
«Del mismo Bien, á tantos vicios madre:
«¡Infame hija de tan noble padre! &c.

Habíamos nosotros asentado por consecuencia de nuestros principios en el prólogo de la Enriada, «que la importancia ó la oportunidad de la idea, ó ambas cosas juntas, constituyen la sublimidad, y por tanto la poesía", y de allí concluimos «que la *expresion* mas *simple*, *honesta*, *sonora*, y *breve*, es la mas sublime, y por tanto la mas poética.

Nuestro crítico impugna ésta conclusion en todas sus partes, con gran saber y delicadeza, probando inconcusamente su propia doctrina. ¿Y sin embargo la nuestra no es errónea? Ciertamente que nó. Porque pensando impugnarnos, dijo nuestro adversario justamente lo mismo que nosotros creemos, *en cuanto á lo que él dice;* pero se equivocó en *cuanto á lo que nosotros hablamos dicho.*

Prueba muy bien que «la sencillez no es para el *estilo* grandioso; y que al contrario se alimenta *éste* con la pompa del lenguage, con el prestigio de la armonía, con todas las gracias de la elocucion, con todas las licencias de la poesía"; y á excepcion de las licencias (que nosotros ni pedimos ni damos en todo lo que no es la *invencion*, por ridículas é innecesarias,) en todo lo demas estamos de acuerdo. Pero le suplicamos repáre, en que nosotros pusimos *expresion* por *frase*, y nó, como él, por *estilo*. Hablábamos allí de la *unidad*, y no de la *adicion* ó *complexo*; esto és: de

la frase, pero nó del cuadro ú dilatado trozo, en cuyo total ciertamente no habría sublimidad si careciese de orden, de decencia y de ritmo proporcionado á su duracion, aun cuando cada una de sus frases fuese *de por sí sublime* como cuerpo de sublime idea. Esta explicacion nos parece si nó tan breve, tan simple á lo menos como el pensamiento que enuncia.

Y siendo esto así, es claro que nuestro crítico divàga igualmente sobre la calidad de *breve*, que nosotros exigimos tambien al *sublime de expresion*, cuando dice que "la concision ó brevedad de expresion no «es una cualidad permanente del estilo «poético", y que "hay veces que se exige «amplificacion; como en las descripciones «de cualquiera género que sean." ¿Y qué inconveniente podemos tener nosotros en que se *amplifique* cuanto se quiera, contál que se haga con *expresion simple y breve*? Nuestro docto adversario sabe con cuánta pasion y tenáz industria abreviaron los Griegos su lengua; y conoce mejor que nosotros la razon filosófica de esta utilísima operacion. El problema que con ella se resuelve es éste: *hacer gozar mas vivamente en menos tiempo con menor fatiga;* porque de ésto nace la posibilidad de repetir ésta misma fruicion mayor número de veces seguidas. Y he aquí toda la importancia y mérito de la concision *perspicua*. En resumen; segun nuestros principios resulta: que un poema puede ser extenso y lacónico, c ortísimo y redundante.

Acuérdasenos ahora à éste propósito un ejemplo de expresion rápida que citan los franceses, y es el siguiente verso, (del primero de sus poetas,) el cual constando de 12 sílabas, comprende 13 palabras, y en ellas un complexo de 10 ideas; à saber: 3 sustantivos, 1 verbo, 1 negativo bisono, 1 adjetivo, 1 adverbio, 1 pronombre, y 2 artículos, de los cuales el uno duplicado.

"Le ciel n' est pas plus pur que le fond de mon cœur."

Nuestra hermosa lengua, que es la de menos *monosílabos* entre todas las anti-

guas y modernas, repulsa inexorable todos los esfuerzos del escritor que se empeña en hacerla correr rápidamente; á lo cual se oponen tambien los embarazosos atavíos de su construccion. Esta insuperable dificultad es la que ha hecho tantas veces obscuros á Frai Luis de Leon y Fernando de Herrera, á Mariana y don Diego de Mendoza. Y por lo mismo rara vez se podrían hacer en nuestra lengua versos que comprendiesen tantas partículas y tantas ideas como el siguiente del poema de *la Compasion*, en el cual invocando el poeta á esta divinidad le dice:

"Pues yó te cánto á tí, tú á mí me inspíra."

De ningun modo en que se quisieran amplificar ésta *proposicion, argumentacion, y súplica*, serían tan elegantes y perspicuas como en la concision con que están aquí presentadas. ¿Y si de este ejemplo de idea humilde y comun, pasamos á otro de la mas sublime, cual és el que tanto encarece

el mismo *Longino*, ¿qué se nos podrá replicar? Pronunció Dios:

"Sea la Luz." Y fué.

¡Un solo verbo con un sustantivo, y entrambos los mas simples en todas las lenguas, ¡qué cuadro presentan! ¡cuánta meditacion excitan! ¡qué concurso instantáneo de asombro, de humillacion, de agradecimiento ocasionan!

Y he aquí tambien por qué es tan necesario que lo que se escribe bien se lea no sólo bien sino á un compas proporcionado á la gravedad y exactitud de la expresion; sin lo cual se malogran todos sus primores y se frustran todos sus efectos. Léanse de prisa estas tres palabras "sea la luz, y fue" ¡qué impresion tan débil! ¡qué movimiento tan inadecuado! ¡qué sonsonéte tan bufon! Esto es lo mismo que sucedería si un organista interrumpiese nuestro recogimiento y adoracion glosando en aire de *Alegro assai* la solemne y magestuosa canturía del *Tantum ergo* &c. La duracion, pues y la modulacion de cada bella frase es

siempre vária, y caracterizada por la importancia, naturaleza y orden de los pensamientos. La brevedad, por tanto, es relativa, á *la enunciacion y percepcion de cada idea de por sí,* y nó à la duracion del complexo ú succesion de muchas, en que consiste la *amplificacion*, que nunca hemos pensado en condenar.

Se nos dice últimamente que de las cualidades propias de la diccion poética excluimos nosotros, pues que no las nombramos, las siguientes: 1.ª *El escogimiento de palabras gráficas:* 2.ª *El uso de voces no comunes ni familiares.* 3.ª *La transposicion ú colocacion de las voces segun el grado de interes de los objetos.* Y 4.ª *El corte de la versificacion acomodado al del pensamiento.*

En efecto pudimos olvidar hablar de estas reglas en el prólogo; pero es notorio que á lo menos no las olvidamos al versificar nuestra traduccion, con tal sujecion á ellas y à otras muchas, que nos atrevemos à suplicar se nos pruebe que no es así.

Pero hay mas todavía; y es: que esas mismas reglas estan enunciadas en el prólogo. Alli dijimos: "la buena poesía se ha«ce con la buena prosa, el ritmo y la ri«ma." Lo único que ahora podemos añadir à ésto es: que si la buena prosa no pide *el escogimiento de palabras gráficas*; si permite (en discurso noble) *palabras comunes y familiares*; si no exige *el corte de frases acomodado al del pensamiento*, nuestro crítico tiene razon; pero debe perdonársenos, porque habíamos hasta ahora creido à Ciceron y Quintiliano, que dicen lo contrario.

Por lo que hace á *las transposiciones* que no tuvieren un uso universal é invariable, que es lo que las naturaliza y hace inteligibles en nuestra lengua, se nos permitirà que las desechemos de la poesía como de la prosa, por supérfluas todas y perjudiciales las más á la claridad; á esa primera de todas las prendas del habla. Dislocar y barajar los eslabones de la cadena lógica, no puede nunca añadir mérito al

sermon ú oracion. Asi es que no hallamos en nuestros poetas una sola trasposicion extraordinaria que tenga otro efecto plausible que cumplir con el ritmo ú la rima, y encubrir dentro de la afectacion de originalidad la negligencia ó la imperícia del versificador.

El temor de no dejar bien probada la razon de nuestro modo de pensar, que pareció tan errado al crítico, nos ha hecho incurrir hasta aquí en prolijidad: en lo que nos resta que decir acerca de los metros españoles, seremos menos difusos, porque atacámos preocupaciones no tan generales, ó cuando menos no tan arraigadas, por hallarse todavía la cuestion intacta.

§ II.

No se llamó á la poesía desde los primeros tiempos el lenguage de los Dioses porque no hablase la lengua vulgar, sino precisamente por lo contrario; esto es: porque instruía al vulgo haciéndose entender de él; porque era el vehículo de las fingi-

das pero utilísimas sentencias de los oráculos; porque vulgarizaba por medio de descripciones, encomios, memorias y doctrinas de altísima importancia, la instruccion que solo poseían ó creían poseer los vates ó adivinos: en una palabra los hombres dotados de mayores luces y de mas profunda meditacion.

Fue pues en su principio la poesía el archivo de la Teología, de la Moral, y de la Política; y en todas lenguas emitió ideas abstrusas, complicadísimas, y á veces de peligrosa publicidad, cuyo estudio y transmision se reservaron entre sí los mismos sabios; y asi en esta parte su materia y sus conceptos fueron lo que debian ser, al vulgo idiota ininteligibles. Pero no hay razon ni dato ninguno para creer que en lengua alguna se haya escrito la poesía primitiva con palabras y construcciones peculiares, exclusivas, y sobre todo ininteligibles á la generalidad de los habitantes del pais.

Consagrado despues éste arte embelesador en la Epopeya á la narracion estu-

penda de las acciones de los Dioses y de los Héroes, á la descripcion física del universo visible, á los dógmas relativos al invisible ó divino, y finalmente á la filosofía metafísica y moral, (todo para uso y utilidad del cuerpo social en cada uno de sus individuos,) dejó por necesidad de ser interlocutora ú órgano de enigmas é indirectas, y tomó un carácter en parte histórico, y en parte *demagógico* ú didáctico, el cual, á la perspicuidad *retórica*, que ya tenia, unió la de la materia misma en que la empleaba. Así se hizo la poesía ciencia y lengua comun; sin lo cual, es claro que la generalidad de los pueblos antiguos, ésto es el público de cada nacion, no la hubiera oido con embeleso, ni amado con pasion, ni celebrado como la primera de las ciencias y el mayor blason de su cultura. Así finalmente quedó hecha lo que es hoy para nosotros: una Oratoria perfectísima, sublime, encarecida y ornada con el ritmo auxiliado de todos los medios de la retórica, y hasta de la rima entre los modernos.

Con lo dicho se prueba, segun nuestra humilde opinion, lo que tanto hemos repetido; á saber: que la mayor dificultad que tiene que vencer el gran poeta es la de hacer tan fácil su inteligencia, como dulce y magnífica su diccion.

Con estas ideas preliminares, procedamos al exámen de los metros españoles como instrumentos de las dilatadas epopeyas y composiciones filosóficas.

Oigase primero la opinion de nuestro adversario. »Nosotros tenemos (dice, pag. » 291) el verso libre, *que si ha de sonar* » *bien, es el mas dificil de todos*, la octava, » y las infinitas combinaciones de la silva; » cualquiera de estos metros es muy pre- » ferible para la epopeya al romance en- » decasílabo; porque cualquiera de ellos » admíte períodos poèticos mas llenos, so- » nóros y variados, y en todos se evita el » perpetuo martilleo del asonante. La fa- » cilidad del romance endecasílabo no es » *aparente* (como lo asegura el traductor » de la Enriada) sino real y verdadera:

» ó sinó, que lo decidan los versificadores. . . . . » Como ninguno de nuestros » grandes poetas antiguos ha cultivado es- » te métro, no se conoce todavía su ín- » dole, ni las ventajas ó dificultades que » ofrece, ni los medios de cortarlo, va- » riarlo, doblegarlo á las diferentes exi- » gencias poéticas."

Lo que sobre esto habíamos dicho nosotros viene á reducirse á lo siguiente: » Los lectores versados en la poesía espa- » ñola conocerán toda la razon con que se » ha adoptado el romance endecasílabo » con asonante para esta traduccion, y » son tambien los únicos que pueden qui- » latear exactamente el mérito de su apa- » rente facilidad. A los demas lectores to- » ca solo recrearse con la fluidez de su ca- » dencia, sin duda mas melodiosa que ar- » mónica; pero única propia para una obra » *larga, grave, narrativa, escénica y varia-* » *da.*" Vamos ya á probarlo, y á refutar la opinion de nuestro crítico, sobre este y los demas metros castellanos propios pa-

ra la epopeya. Dejaremos para lo último el verso libre, á quien se dá título del *mejor y mas difícil de todos.*

De la octava. Hemos dicho, y nadie nos negará, que la Epopeya es de naturaleza esencialmente distinta de la Oda. Las causas son estas. 1.ª La Oda es obra y *sermon* del poeta: la Epopeya lo es de la divinidad invocada. 2.ª La Oda excluye *proposicion*, y por consiguiente, órden, simetría, término previsto, narracion, unidad é integridad: la Epopeya no existe sin *todas* estas cosas. 3.ª La Oda exige del Poeta impulsos indeliberados, contemplacion extática, arrebatos como de embriaguéz ó insanidad: la Epopeya se los prohibe, atándole la mano á la dócta, imperturbada celeste voz de la divinidad, de quien es solamente secretario ó mas bien escribiente. 4.º La brevedad de la Oda pide que su movimiento sea mas repetido y perceptible, y así permite, (si no es que tambien exige) el corte en estrofas, las cuales son como otras tantas cuadrículas, cuyos bor-

des ó divisiones no deben verse en el gran lienzo de la epopeya, ni ésta las necesita, porque su típo músico no es de mensura igual y repetida, sino de libre é indeterminada duracion, á manera del recitado, cuyo rítmo es una serie perenne de variada modulacion. Así, el nombre de la una es musical; el de la otra puramente oratorio. De aquí una observacion de hecho: ningun poema *heróico* de la antigüedad *considerablemente extenso,* está escrito en estrofas, ni lo estan tampoco los de los grandes poetas modernos Alemanes, Ingleses ó Franceses. Los Italianos, y nosotros con los Portugueses, somos los únicos que hemos tenido ésta estravagante idea; y aun entre los Italianos debemos observar que la mejor traduccion que poséen de Virgilio, que es la de Aníbal Caro, está escrita en verso endecasílabo *libre*, (y no asonantado, porque aquel idioma no conoce tal rima.) Parécenos imposible que nuestro crítico déje de convenir con nosotros en que la distribucion del gran lienzo de

la Epica en cuadrículas, ó laminitas clavadas con sus ocho consonantes, es incongruente. Esta invencion, debida al genio musical de la Italia (ya no Latina), que todo lo sacrifica al periodo armónico, y á la facilidad y placer con que la oreja aprecia su duracion y sonoridad: ésta invencion, decimos, no tiene ni autoridad ni utilidad de lei; porque no está sancionada por el voto universal, despues de tantos años de conocida, y porque hace degenerar en sonsonete y *rondó* lo que debe necesariamente ser un concierto modulado, pero nó interrumpido; de otra manera: un rio magestuoso, exténso, rápido, riquìsimo y perénne, de ritmo melódico, de elocucion pura, en que reflécte la idea como la luz en el agua, que embelése y no recuerde ni deje percibir el artificio y las dificultades con que se han reunido en uno muchos manantiales, y se le ha abierto proporcionado cauce, y sembrado sus márgenes de flores hijas de otras riberas y á quienes alimenta como propias. ¿Son ésto las

estrófas? ¿Puede compararse á ésto una série de mezquinas cascadas, idénticas en el caudàl, y en el estrépito?

Y si á los defectos que la octava tiene para la epopeya original, se agrega su imposibilidad absoluta de prestarse á la exactitud *irremisible* de una traduccion, ¿no hubiera sido un desacierto en nosotros darle la preferencia? Enhorabuena que Velasco ú Jàuregui, traduciendo á Virgilio ú á Lucáno, hayan hecho algunas bellas octavas; pero ¿probará esto que han traducido bien? Aseguramos por el contrario que sus buenas octavas son precisamente los peores trozos de sus traducciones; y nosotros no nos propusimos solamente hacer los mejores versos que pudiéramos, sino sobre todo, una buena traduccion.

Permítasenos citar un ejemplo de cada uno de estos cèlebres traductores. He aquí como rinde Velaséo en una de sus mejores octavas estos conocidos versos:

«Infandum, regina, jubes renovare dolorem,
«Trojanas ut opes, et lamentabile regnum
«Eruerint Danai, quæque ipse misserrima vidi,
«Et quorum pars magna fui. Quis talia fando
«Myrmidonum, Dolopumve, aut duri miles Ulissei,
«Temperet à lacrymis?

«Màndasme renovar, Reina *excelente*,
«*La horrible historia* y el dolor infando
«*Como* de Troya el *oro*, el reino y *gente*
«Destruyó *el gran furor* del Griego *bando*:
«Los tristes casos *d que fui presente*,
«*Gran parte de la pèrdida probando;*
«¿Cuál Mirmidón, cuál Dólope, ó Soldado
«De Ulises, *tal dirla nó lastimado?*

No hai clase de negligencia que no resalte en estos versos; su periodo queda incompleto, porque la exclamacion no está ligada á los antecedentes con discurso correcto; *renovar los tristes casos* es impropio

por *referir*; *gran parte de la pérdida probando*, en lugar de decir "y de que una gran parte fui yó mismo" es despreciar ó no entender el original. "*Tal diria no lastimado* en vez de "pudiera referirlo sin llorar" es una vaga indicacion de la idea. Las redundancias de *excelente*, *horrible historia* (que viene con un solo verso intermedio del en que el traductor ingirió la redundante expresion de que Eneas comenzó así *su triste y larga historia*;) *gente*; *á que fui presente*; *el gran furor*; *bando*; las impropiedades *como y oro*; finalmente el desaliño de ser los dos últimos versos asonantes con tres anteriores, ¿podrémos celebrarlo? ¡Jóvenes cultivadores del Parnaso! si tal hiciéremos, llamadnos fanáticos, pero sobre todo, no nos creais.

Veamos ahora si estotra octava de Jàuregui, que como original sería bellísima, merece mas elogio como traduccion. La pondremos antes del texto para percibir sin ninguna distraccion todo su mérito.

«Sobre el marino campo el rojo Apólo
«Tendió su luz flamante una mañana;
«Libre de nubes y sereno el Polo
«Su manto á partes retocaba en grana.
«Ató los vientos el soberbio Eólo,
«Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
«Y sosegando el már su movimiento
«En calma estuvo á la batalla atento."

Oigamos à Lucano:

«Ut matutinos spargens super æquora Phœbus
«Fregit aquis radios, et liber nubibus æther,
«Et posito borea, pacemque tenentibns austris
«Servatum bello jacuit mare." &c.

¡Qué redundancia y qué estrépito en Jáuregui, añadido todavía al mas estrepitoso y redundante de los latinos; y al mismo tiempo cuánta omision! De esta traduccion solo diremos nosotros lo que un profundo crítico inglés dice de la celebradísima traduccion de la Odissea por el ilus-

tre Pope; "que como poema original merecería altos elógios; pero como traduccion es indigna de la reputacion de la obra y del traductor." (1) ¿Y en qué consiste en Jàuregui este género de imperfeccion? en el periodo cerrado de la octava, en su corte simétrico y esquinado; y sobre todo en esas ocho palabras forzadas que como otras tantas tachuelas parecen destinadas á clavar el cuadro mas bien que á formar parte de él.

De la silva. Este metro es por naturaleza vago, y envuelve inconvenientes opuestos á los de la *octava*, porque en vez de tener tranquila la espectacion del lectór con la seguridad de la llegada prevista del consonante, la mantiene siempre inquieta, distraida, y como con sobrealiento por el retardo, cuyo término incierto anhela, haciéndole así perder el gusto del verso actual, y contrayéndolo casi exclusívamente al afan de buscar y hallar el consonan-

(1) Knox's essays. Vol. II. pág. 372.

te sucesivo, que tarda á veces seis ó siete versos, y siempre á distancias diferentes. Nosotros no conocemos silva ninguna épica; y en las morales y filosóficas que hallamos en nuestros buenos poetas ninguna es, ni podia serlo, *narrativa, larga, escènica y variada,* que son los caractéres esenciales de la epopéya. Nuestras silvas, son, pues, un género de elegía en que habla necesariamente el poeta meditando y sintiendo, y declamando é instruyendo, pero nó narrando; en discursos pausados, redundantes y de arbitrario gíro y duracion. Lope es el único que haya ensayado semejante metro en la epopéya, ¿pero en cuál? en la burlesca *Gatomaquia*, donde presentando con botarga el poema heróico eligió para mayor chiste y contraposicion la *silva* como metro consagrado, bien que por un uso ciego, á las verdades mas sérias de la Filosofía, y que más podia hacer reir usado á manera de remedo y mofa.

Pero ¿nos atreveremos á decirlo? Pues en nuestro concepto, ni aun para el géne-

ro puramente filosófico es oportuno éste metro, sobre todo en la traduccion, de lo cual podràn convencerse los curiosos examinando las de nuestro docto y eminente poeta Quevedo. Asi es, que cuando pensàbamos incluir en nuestra coleccion el poema *de la Religion* de Luis Racine, ignorando que estuviese como lo está traducido al castellano en metro de *silva* (1), lo escribíamos nosotros en verso suelto; y cotejando ahora nuestra version con la de un traductor tan superior á nosotros en saber, no hemos podido mudar de juicio viendo que no logró ser tan exacto como convenia, ni evitar lo vago del ritmo inseparable de lo desigual é intempestivo de la rima, y de la medida. Permítasenos citar aquí un breve y mismo pasage en ambas traducciones, y si no se hallàre que satisface más el verso suelto que la silva confesaremos nuestro yerro.

(1) Por don Antonio Ranz Romanillos.

Verso suelto. HABLA LA FÉ.

«Flaca y vana Razon! mis resplandores
A conducirte bastan, si la altiva
Mirada humillas. La sombría Noche
Para observar al sol no fue criada.
Modesto anhelo de saber, y el dia,
Te ilustrarán. Corrige tu impaciencia;
Creyendo ignora; adora no entendiendo;
Ama sin comprender: mi lei es ésta.
Vana curiosidad indága el árduo
Mecanismo interior de la Natura,
Y sus efectos vé, no sus resortes.
¡Hombre, de lodo abyecto masa ruda!
¿Pudieras tú sufrir los resplandores
Del sol eterno de Verdad y Ciencia?
Y ¿acáso tu Hacedor te necesita?
Arbitro, inalterado, llena y rige
El sér como la Nada. De él dependen
Premios, castigos, contricion, protervia,
Sombras y luces, grillos y coronas.
¡Sabér supremo, Providencia arcána!
¿Quién residenciará tus voluntades?
¡Oh mortál! de su amor y sus largueczas

Todo dá testimonio; harto te dice:
Resuélvete á ignorar lo que te calla."

Silva. . . . . ."El loco atrevimiento,
Flaca y vana razon, humilla.
Sígueme, (dice,) la brillante llama
Que yo para tí enciendo
Basta á guiarte, si seguirme quieres.
La hora de las tinieblas es la hóra
Aquí de vér, entanto que el deseado
Dia viene. Si al maestro docil eres,
Sin entender á cada paso adora,
Y en lugar de saber lo que anunciado
Te fuere, creelo, y dá al conocimiento
Menos que no al amor y al rendimiento.
¡Ay, cuán inutilmente pretendemos
De la Naturaleza con desvelo
El fondo hallar! Seremos admitidos
A sus juegos: mas nunca ver podremos
Los que emplea resortes escondidos.
Adorad, clama, á vuestro Rei rendidos:
Contemplad, admirad, gozad mis bienes,
De conocerlos sin el vano anhelo."

Finalmente: con sola la intercalacion

de versos desiguales al cadencioso y grave tipo endecasílabo, basta para hacer á éste metro indigno de la constancia y magestad épica. Confesamos que nos tiene admirados el que nuestro crítico, que es uno de los poquísimos grandes maestros prácticos que tenemos de versificacion española, profese las opiniones que acabamos de refutar. La Eneida cortada á pedacitos iguales y descosidos, ó escrita en versos desiguales y de imprescrita y vaga sonoridad, es idea que no podia ocurrir á Virgilio, ni sabríamos nosotros alabar.

Del verso libre y del romance endecasílabo con asonante. Llegamos por fin al fallo mas severo de nuestro proceso, que comprende dos proposiciones: 1.ª Que es preferible á todos el verso libre, *el cual si ha de sonar bien es el mas dificil*. Y 2.ª que la *facilidad del Romance endecasílabo no es aparente* (como dijimos en el prólogo de la Enriada,) *sino real y verdadera: y si nó, que lo decidan los versificadores.*

Responderemos brevísimamente. 1.° El

verso libre tiene la misma dimension del endecasílabo asonantado ; el mismo número posible de cesuras; pide igual y no mayor correccion y fluidez; el mismo ritmo; pero, ni tiene periodo forzado como la estrofa, la octava, el terceto, &c. ni obedece á la terrible lei de la *rima*. Y con estas dos últimas dificultades de menos ¿será más dificil que ellos? A la verdad no lo podemos comprender. Y ademas lo negamos, apoyándonos en la opinion práctica que de ellos nos han dejado nuestros grandes poetas antiguos, los cuales, habiendo probado su industria y fuerzas en todo género de dificultades métricas, no nos han dejado un solo verso suelto original. Los primeros que se encuentran, si no estamos equivocados, son los de las traducciones del Aminta del Tasso por Jáuregui; del Arte poética de Horacio por Espinel; de la Eneida por Hernandez de Velasco, y de la Odissea por el Secretario Gonzalo Perez.

En cuanto á Jáuregui, que *italianizó* hasta en esto su traduccion, es probable

que no empleó éste metro en la Scena-Prólogo del Aminta por otra razon que por asimilar hasta en ello su traduccion al originál. Estos versos no tienen en cuanto al ritmo, al corte &c. ni primores ni defectos: son, ni mas ni menos que todo verso bien medido, y nada prueban á favor de la dificultad y de la superioridad del verso suelto. Por lo que hace á la traduccion misma, diremos solo de paso que no se le nota gracia alguna que no provenga del original, cuyos versos casi siempre se encuentran hechos en español con las mismas palabras. Pero ésta puntualidad de sonidos á que se dió Jáuregui, ora por pereza, ora por hacer mas fluida y apacible su versificacion, produjo ademas dos grandes imperfecciones: la una, que ésta tenga todo el sabor extrangero que debe desaparecer en las buenas traducciones; y la otra, que á veces traslade las palabras por el sonido, y nó por el significado; como por *pastorali spoglie*, *despojos pastoriles*, en vez de *trage*, *adornos*, *vestidos*, *atavios*; por *non*

mica un Dio, no un Dios agora, en vez de *no como quiera un Dios,* porque el adverbio *agora* es de tiempo y no de *accion*; (y observaremos ademas que la *g* de agora era pronunciacion que ya no usaba entonces ni aun el sonóro Herrera, y como anticuada hace mas impropia la expresion en boca del Amor, representado por un rapaz, *fanciullo*, que nuestro poeta traduce en Andaluz *criatura*;) por *Dio selvaggio*, *dios selvage,* en vez de *dios campestre,* porque el adjetivo *selvage* no significa en español otra cosa que *grosero*, *tosco*, *rudo*, *inculto*, *bruto,* en vez que en el Tasso indica meramente uno de los tutelares de los campos, dioses menores, entre los cuales lo clasifica en el mismo verso por la amplificacion *ó della pleve degli dei.* Estos desaliños se hallan en los cuatro primeros versos de la traduccion.

Espinel, Velasco y Perez no nos han dejado tampoco ejemplos que estudiar. La desabrida é incorrecta version del Arte poética de Horacio hecha por el primero

es demasiado conocida para que debamos citar nada de ella; pero de la Eneida y la Odisea pondremos aquí unas brevísimas muestras. Véase como traduce Velasco los dos primeros versos del libro 2.º de la Eneida.

«Conticuere omnes, intentique ora tenebant.
«Inde toro pater Eneas sic orsus ab alto"

Callaron todos *tirios y troyanos*;
Y *atentos* escucharon *con silencio.*
El *padre* Eneas desde su alto asiento
Comenzó así *su larga y triste historia.*

¿Es ésto poesía, es ésto traduccion, son éstos versos? Pues óigase á Perez, traduciendo del Griego, que es la lengua mas análoga de todas á la española, segun los inteligentes; canto 8.º de la Odisea:

«Al tiempo que salió la clara aurora
«Con sus rosados dedos la mañana,
«Entonces levantóse de la cama
«La sacra Magestad del Rei Alcínoo.
«Tambien se levantó aquel generoso

«Ulises destruidor de pueblos bravo.
«Alcínoo llevó pues á los Pheaces
«A su concion (1), la cual les tuvo y hizo
«Junto á las naves negras y ligeras.
«y á cada uno que topaba
«Hablaba y le decía de ésta suerte."

¿Serán éstos los modelos en que aprendieron à hacer buenos versos sueltos los Meléndez, los Jovellanos, y los Listas? ¿y si no existieran éstos modelos, diría nuestro crítico que *por ésto* se ignoraba todavía la índole de éste metro, á pesar de su propio ejemplo, como lo ha dicho del romance endecasílabo despues de vista la traduccion de la Enriada?

Concluyamos pues acerca de ésto que la gran reputacion moderna del verso suelto tuvo su origen en la misma época y en los mismos versificadores que promovieron entre su admiradora clientela literaria la celebridad del consabido guirigai, progenie degenerada del *Gongorismo*, que

(1) *Razo namiento.*

sin ser del subido color de su padre conservaba la fisonomía de la raza. Esos evocadores de monstruosas sombras que se creyeron resucitadores de cuerpos hermosísimos, persuadieron la dificultad del verso suelto que ellos hacian tan facilmente. Pero su ejemplo y doctrina han caido en el olvido con los mismos *Gerardo Lobo* y demas coplistas á quienes con razon despreciaban.

Esto, sin embargo, no es decir que algunos versos libres, de Melendez por ejemplo, no valgan mas que otros rimados del mismo autor; pero estamos prontos á probar que estos versos rimados no son buenos. Y á la verdad, nunca nos ha ocurrido negar que sean mejores los versos sueltos buenos que los malos rimados.

Y si el romance endecasílabo con asonante, ademas de requerir todas las prendas del *mejor y mas dificil* de los métros, posée una cualidad peculiar, como lo es la armonía, nó gárrula é imperiosa del consonante, sino blanda y apacible del

asonante, ¿cómo podrá ser inferior al verso libre, ni por qué será mas fácil?

Dice nuestro crítico que á lo ménos hasta ahora es ignorado el mérito de esta versificacion por no haber fijado sus reglas y sus primores el uso de ninguno de nuestros antiguos poétas. A esto responderémos: 1.° Que si vale éste raciocinio, es menester confesar que el *Hombre* no ha tenido jamas acierto en nada en que no ha tenido ejemplo; de donde resultaría una de dos cosas: ó que nuestros antiguos no podian servirnos de modelo si ellos no lo habian tenido, pues que se hallarían entónces en el mismo caso que ahora nosotros; ó que ésta indispensable ascendencia de ejemplistas pasivos y activos subía hasta.... la creacion. 2.° Que es una verdad notoria que no hay tal ignorancia, pues abundan entre nosotros composiciones en éste métro buenas y malas como en los demás. 3.° Que es mas que probable que nuestros poétas antiguos, esclavos con vanagloria de esa

ley, (ridícula como todas las impotentes) de la rima, desdeñaron el asonante, como adórno plebéyo del noble verso largo; y sin embargo, en ésto como en otras cosas incurrieron en error, confundiendo la dignidad del métro con la de la materia. La prueba és, que uno de los mayores blasones de nuestra poesía, que sin disputa son los romances, está trabajado con asonantes, y en ellos se hallan todos los tonos y estilos de la *Poesía*, y todos los primores y modificaciones de la locucion y del métro. Citarémos solo uno, por no molestar, y será del género grave, narrativo y patético; y si se halla una oda, ó un trozo de epopeya del mismo género, que produzca mayor impresion en el ánimo del lector, confesaremos que nuestra opinion es una extravagancia.

Al Rey Rodrigo.

Cuando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios

Que al már su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualquier luciente estrélla,
Que en el medroso silencio
Tristemente centelléa;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada coróna
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la Magestad sobèrbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadaléte dejan;
Bien diferente de aquel,
Que antes entró en la peléa
Rico de joyas, que al Godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almète,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna

Que en polvo se vé deshecha;
En Orélia, su caballo,
Tan cansado yà, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra bésa;
Por los campos de Jeréz,
Gelvoè llorósa y nueva,
Huyendo vá el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan;
Hiere el temeróso oido
Confuso estruendo de guerra;
No sabe donde mirar;
De todo teme y recela:
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, yá no es suya,
Que la que pisa es agena;
¿Pues qué, si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le aparejan;
Y entre sollozo y suspiro

Así el Rey Godo se quéja:
" ¡Desventurado Rodrigo!
»Si ésto en otro tiempo hicieras,
»Y huyeras de tus deseos
»Con el paso que ahora llevas,
»Y à los asaltos de amor
»No mostráras la flaqueza
»Tan indigna de hombre Gódo,
»Y más de Rey que gobierna,
»Gozára su gloria España,
»Y aquella fuerte defensa
»Que yá por el suelo yàce,
»Y el color cambia á las yerbas.
»Amada enemiga mia,
»De España segunda Eléna,
» ¡Oh si yó naciera ciego,
» O tú sin beldad nacieras!
»Maldito sea el punto y hora
»Que al mundo me dió mi estrella:
»Pechos que me dieron leche
»Mejor sepulcro me dieran.
»Pagára á la tierra el censo;
»Y en su soledad durmiera
»Con los cónsules y reyes

»O con los plebeyos de ella.
»Quitárale á la Fortuna
»Carro en que triunfar pudiera,
»Y un Rodrigo, ¡para España
»Materia de tantas quejas!
»Traidor Conde Don Julian,
»Si uno solo es el que yérra
» ¿Por qué tan injustamente
»Hiciste comun la pena?
»No ofendí yo al Africano:
» ¿Porquè Africano te vénga?
» ¡Oh, si este agudo puñal
»Rasgára tus falsas venas!"...
Más iba á decir Rodrigo,
Pero las palabras medias
Las arrebata el enójo
Y entre los dientes las quiebra.
Y diciendo adios á España
Que el Bárbaro señoréa,
Junto su Orélia querido
La luz enemiga espera.

¡Cuanta belleza junta en éste trozo de elocuencia poética! Sin la importuna rapidéz

que dá al rítmo la brevedad de los versos, es decir, si éstos fueran graves endecasílabos, ¿podría citarse en nuestra lengua un trozo rimado de mayor mérito? Nosotros á lo ménos estamos persuadidos firmemente á que, tal como está ahora éste Romance, agrada mas que la *Profecia del Tajo*, y á mayor número de personas de entre las de mejor gusto, no sistemáticas.

Continuemos. 4.º Nos admira sobremanera el que nuestro dócto adversario no piense como nosotros que la versificacion castellana se ha elevado en nuestros dias á un grado de perfeccion que no le dieron ni pudieron dar los poétas del siglo XVI. Ni ¿cómo podía dejar de ser así, habiendo progresado la ilustracion, y con ella la correccion gramatical y lógica de la Lengua, instrumento de la Poesía, y desterrádose de ésta tantos vicios y tantas *licencias*? Permítanos el crítico que no le citemos otro que el siguiente ejemplo, y que nos sujetemos á su propia sentencia,

rogándole que nos diga sinceramente si halla mayor perfeccion en los versos de Fray Luis de Leon que en éstos.

» Pacífico habitante de la cuna
» Dó en los brazos del Euro nace el dia,
» Goza tranquilo tan felíz morada.
» Nó, Ganges, tus riberas florecientes,
» Ni tu sácro raudal enrojecido
» Verán los dulces pueblos de la aurora.
» Y vosotras, mansiones del ocaso,
» Que veis templarse en los inmensos mares
» El carro abrasador, que dora el cielo,
» No temais: no ya viene la alta nave,
» De muerte, luto y destruccion preñada,
» A espigar de cadáveres los campos
» Y á trocar sangre y crímenes por oro."(1)

Pues todavía lo importunaríamos con otra pregunta: ¿qué desmérito pondría en éstos versos la circunstancia de tener asonante? No lo comprendemos. Porque el *perpetuo martilleo* deja de serlo en manos hábiles, como la *percusion* del compas ó par-

(1) Poesías de don Alberto Lista. Véndese en la librería de Paz, frente á san Felipe.

te fuerte de la sonoridad y el tiempo en la buena música, cuando así conviene, que es casi siempre; y èsta es una de las peculiares dificultades de los buenos versos asonantados, de los cuales vamos á hablar pronto; pero por otra parte ¡cuantas ventajas no proporciona para hacer penetrante la sentencia final, para fijar la expresion intermedia, para mantener una agradable espectacion del oido, para ostentar el laconismo amontonando rapidísimas idéas dentro de un término breve presentido &c. &c.

» Llegan, ven, miran, lloran, gritan, rien,
» Dudan, créen en fin, y se desmayan."(1)

Este *se desmayan*, que aquí hace poco efecto porque está suelto, hiere de un modo singular encajonado en su asonancia, como puede observarse.

Probado, pues, que la estructura rítmica del Romance endecasílabo es suscep-

(1) Discurso tercero, pág. 56 del Poéma de la Compasion.

tible de los mismos primores que caben en el verso libre; que no tiene los defectos de la octava, el terceto, la estrofa y la silva para la epopeya, nos queda que añadir y justificar lo que vá probablemente á sorprender á nuestro mismo crítico, y es: que, para ser todo lo perfecto de que lo consideramos capaz y digno, lo creemos sujeto á dificultades que nunca se ha pensado en vencer en los demás, y de ésto hemos dado nosotros las primeras pruebas en la *Enriada* y en *la Compasion*. Obsérvese, pues, que segun nuestro sistema, hecho ya práctico, el romance endecasílabo asonantado debe reunir à todos los primores hasta ahora conocidos en los otros metros, las siguientes dificultades vencidas: 1.ª No consonar ni asonar jamás entre sí los versos impáres. 2.ª No consonar nunca los pares. 3.ª Variar continuamente las dimensiones de las frases y periodos terminados en el asonante. 4.ª Girar y cortar las oraciones, de modo que caiga en ellas el asonante á diferentes distancias del prin-

cipio y del fin. 5.ª No rimar consecutivamente adjetivos, sustantivos, adverbios, ni aun verbos en igual tiempo. 6.ª No usar por asonante palabra alguna que pudiera ser sustituida ó corregida si se hallára en medio del verso. 7.ª Desechar todo esdrújulo y todo agudo en los finales, de lo cual sacan gran partido los italianos por la calidad distinguidamente *gràfica* de estas voces. 8.ª Que no haya una sola palabra en los versos, pares ó impares, que sea consonante ni aun asonante del *asonante* establecido en cada canto, à ménos que la calidad de la idea exija como una perfeccion de la imitacion la reiteracion del són.

Si nuestro crítico reconoce y aprueba la dificultad y ventajas de éste esmero en la estructura del romance endecasílabo, desde luego convendremos tambien nosotros con èl en que el mérito perfectibilidad de que es capaz el romance endecasílabo no era conocido hasta ahora; pero de ningun modo debemos con-

fesar que no lo es todavía, solamente porque no lo usaron los antiguos poetas; creemos, sí, que los *versificadores*, á cuyo tribunal se nos envía, se han equivocado como nuestro crítico, sobre la fé de un tradicional *no-uso*, y no han estudiado este metro por hallarse preocupados de esa sierva y vana persuasion de no ser posible darle la magestad, armonía, rica variedad de ritmo, concision, y noble perspicuidad, de que nosotros con particular estudio y empeño hemos procurado adornarlo. Debimos nosotros en efecto, al ensayar este metro para la epopeya decir, como se nos indica:

„ Incedo per ignes
Suppositos cineri doloso."

Pero hecho yá el ensáyo, que es cuando nuestro crítico examinó ésta cuestion, es claro que en mostrarse así indeciso pronuncia que nuestros esfuerzos han sido vanos, lo cual convenia probar, y lo que

es peor, dá así por inaccesible á todos el empeño, declarando virtualmente que el estudio y la industria de los modernos es escusada ya para siempre, faltándoles ejemplo en los *consonantistas* del siglo XVI. Lo cual no hallamos conforme á una sana crítica.

¡Y pudo nuestro crítico dejar de observar que la *Enriada* está versificada con este esmero! ¿y asegurar que la facilidad de tal versificacion *no es aparente* sino real y verdadera? ¿y sobre todo, apelar á la decision de los versificadores? ¿Y quiénes son éstos? Porque si exceptuamos á los poétas trágicos, que ni han querido ni debido sujetarse á tanta traba y primor, casi nadie hasta ahora ha sacado á éste métro del desaliño *jacaresco* á que lo condenó desde el principio el ridículo orgullo de los consonantistas. Nosotros no sabemos mas que de tres autores ejercitados *épicamente* en esta versificacion, pero dos de ellos no existen: Iriarte y Vaca, y al primero lo tiene ademas recusa-

do nuestro crítico declarándolo autor *de prosdica memoria, que ni era delicado*, (como dijímos nosotros,) *ni poeta, ni aun versificador*. El único pues capaz de fallar dignamente sería nuestro comun amigo Don Leandro Moratin, porque á su alto genio y conocimientos reune la experiencia que hizo en el *Romance Heróico* de la toma de Granada premiado por la Academia Española. Pero no es necesario tampoco que recaiga sentencia de tercero entre dos contendientes amigos, y que no tienen otro interes que el de la verdad. Nuestro docto crítico es pues el único que podemos querer por juez, y quien debe ya confirmar ó modificar sus declaraciones anteriores, para que guiada por ellas la juventud, pise firme en las resbalosas sendas del Parnaso. En la sinceridad de nuestro amor á la bella poesía protestamos no apelar en manera alguna de su sentencia, por desfavorable que pueda sernos.

FIN.